

Capítulo I

La decadencia de las comarcas interiores

El interior entero, desde las primeras laderas hasta las cimas de las montañas, se presenta hoy como un vasto conjunto depresivo. Crisis demográfica, desagregación social y desorganización económica le afligen por todas partes de los mismos males, imputables a las mismas causas: la pobreza de los sistemas tradicionales, impotentes para superar sus deficiencias.

Sin fuerzas propias estas comarcas han debido renunciar a su personalidad y caen poco a poco en la dependencia de un mundo exterior próximo o lejano, único a insuflarles todavía un poco de vida: se ven reducidas a representar el papel pasivo de simples reservas de mano de obra.

Entre ellas las diferencias son menores. La situación de las montañas, la de las laderas y aún de las cuencas reflejan solamente grados más o menos acusados de degradación y expresan el desigual rigor de las limitaciones naturales o humanas que las paralizan más o menos brutalmente hoy en día.

I. LA RUINA DE LOS POLICULTIVOS DE MONTAÑA

La vida rural de las montañas, la de la Serranía de Ronda o de la Alta Alpujarra ha conservado muy tardíamente las formas de los sistemas tradicionales más rudimentarios: una organización agropastoril, reflejo de la mediocridad del medio natural y una vocación productiva estrechamente alimentaria impuesta por el aislamiento.

Cara a las exigencias de la modernización, estos sistemas eran incapaces de superar su pobreza. Conscientes de la inutilidad de sus esfuerzos, los montañeses no tenían otra salida que la de huir de una comarca condenada: el éxodo es general, masivo. La montaña se vacía de sus habitantes a un ritmo desconocido en otras partes. Como consecuencia, la crisis encadena su lógica

hasta el final. Desfigurada por las ausencias, la sociedad campesina no puede ya sostener una economía rápidamente desorganizada a su vez: el «monte», pieza fundamental y específica del sistema es abandonado, la gricultura misma se ve reducida al estado de reliquia. Las fórmulas de montaña han perdido finalmente su identidad.

A) LA SERRANIA DE RONDA: LA RUINA DE LA MONTAÑA MEDIA

Al sur de Ronda, las comarcas del Genal constituyen un caso extremo. La evolución desastrosa de los últimos decenios ha conducido allí a una desorganización completa de las estructuras económicas y sociales. Desde hace años, la realidad central es la de la emigración, convertida en la principal actividad. La vida rural, ha perdido ya toda significación, la comarca vive de sus emigrantes. Es aquí donde es preciso descubrir la génesis y el encadenamiento de una crisis y de una decadencia desgraciadamente ejemplar.

1. *La ruptura del equilibrio* frágil sobre el cual reposaba la organización tradicional se remonta solamente a los años 1950-1960.

No vamos a volver sobre la definición del sistema agrario de estas regiones sino para recordar brevemente los términos esenciales (ver Primera parte, Capítulo I). La clave de ello es su pobreza: pobreza natural de los grandes vertientes pizarrosos, caóticos, o de los desiertos de meseta que traducen la ínfima escasez de los espacios cultivados perdidos en el corazón de un monte invasor, pobreza social también que mide la parcelación fundiaria agravada sin cesar por las reparticiones sucesorias, que refleja la condición campesina rebajada al rango de microfundismo. Algunos grandes dominios aristocráticos o burgueses no modifican apenas el esquema: aislados en los confines de las lindes, dirigidos desde fuera, permanecen extranjeros a la comunidad pueblerina.

Para ésta, la subsistencia es la única preocupación, adquirida al precio de una combinación donde se asocian estrechamente los mediocres productos de un policultivo alimentario, ante todo cerealista, y los recursos variados prodigados como comple-

mento por el monte. A pesar de las apariencias, el monte está lejos, sin embargo, de constituir un mero elemento accesorio del sistema, sino que, absolutamente indispensable a su equilibrio, constituye por el contrario el mecanismo vital, la piedra angular.

Es, en efecto, de la desaparición repentina de las actividades del monte de donde nace la ruptura. Las mesetas calcáreas esteparias así como los encinares de pendientes pizarrosas alimentaban tanto a un gran número de artesanos que asumían allí sus funciones principales como a la inmensa mayoría de los campesinos-jornaleros en búsqueda de trabajos de complemento o de productos de recolección. Las montañas calcáreas que cierran el norte de la región sostenían dos actividades esenciales.

Los hornos de cal se dispersaban allí por docenas, encontrando sobre el lugar materias primas y combustibles. La piedra era extraída en las inmediaciones de las instalaciones y la madera estaba proporcionada por la vegetación leñosa del monte bajo. Cada horno utilizaba una mano de obra relativamente abundante: además del artesano, varios peones, cuatro o cinco a veces, eran indispensables de manera más o menos continua para asumir tareas simples pero penosas, tales como la extracción de la cal y sobre todo las cortas de combustible. Jornaleros y campesinos encontraban aquí una salida interesante al subempleo más o menos estacional de la agricultura. Hasta más allá de los años 1950, la dificultad de los transportes por carretera y la indigencia de la industria de materiales de construcción aseguraban localmente salidas suficientes. Poco después comenzó el declive precipitado de un artesanado incapaz de resistir a la competencia de la producción industrial que se extendía rápidamente: los hornos se apagaron unos tras los otros definitivamente. Las montañas hoy están consteladas de ruinas.

Las montañas calcáreas, tales como las peridotitas de la Sierra Bermeja, proporcionaban también el *esparto* en abundancia. Toda la población agrícola participaba en las actividades de recolección o de trenzado, de las cuales obtenían rentas no despreciables. A los hombres estaba reservada la tarea más ruda, la recolección en los vertientes supercalentados del verano. Las mujeres trabajaban inmediatamente después a domicilio, para confeccionar esteras groseras o fabricar cuerdas muy solicitadas por los comerciantes de Algeciras.

La utilización industrial de las fibras sintéticas, cuya expansión es sobre todo notable después de 1960, va a reducir considerablemente el interés y el valor del esparto. Los comerciantes se desinteresan, los precios se desfondan. La explotación, considerablemente reducida, subsiste no obstante pero como una actividad irrisoria, todavía practicada, por falta de otra cosa mejor, por hombres sin trabajo.

El encinar que recubre la mayor parte de las sierras pizarrosas ha perdido, al mismo tiempo, la importancia decisiva que tenía antaño.

El corcho de las plantas suberosas no es apenas recolectado, víctima del éxito del plástico y de las dificultades de explotación que impone aquí el relieve. El acceso es frecuentemente imposible a los camiones, el trabajo de los hombres largo y costoso en un sotobosque abandonado, obstruido por la maleza.

La desaparición total del *carboneo* constituye, en efecto, la razón principal del declive de las funciones del monte forestal. Este último animaba, no obstante, una vida intensa cuyo peso en la economía local era de los más considerables. Producto indispensable para la calefacción, el carbón de leña era no solamente utilizado en el lugar sino sobre todo masivamente encaminado hacia Ronda que lo redistribuía hacia las llanuras agrícolas mal provistas de bosques. Aquí incluso, si bien los carboneros formaban una corporación numerosa de artesanos profesionales, una fracción considerable de la población agrícola estaba interesada en los trabajos indispensables a la alimentación de los hornos. La limpieza del sotobosque proporcionaba el combustible, movilizandlo varios meses al año a una mano de obra abundante de campesinos y jornaleros.

Desde hace un decenio, la explotación del carbón ha cesado, liquidada por la generalización del uso del gas butano. Su desaparición ha marcado, sin duda, un giro decisivo a la crisis en la Serranía: la masa del campesinado se veía privada, así de un trabajo complementario del cual era el mejor suministrador, el encinar al verse privado de limpieza se tornaba impracticable, cerrado a la mayor parte de las funciones diversas que sostenía hasta entonces. Un cierto número de oficios que dependían más o menos directamente de él iban a verse arrastrados a su ruína.

La arriería era, entre ellos, la más importante. Constituía

hasta hace poco una actividad esencial, presente en cada pueblo, y alimentaba a decenas de familias. Su papel se explicaba, de entrada, por la escasez de carreteras —la red local se terminó hace apenas diez años— y la escasa intensidad del tráfico motorizado. El mulo representaba pues el medio normal para los transportes más diversos en el interior de la región, así como para la circulación del tránsito desde la costa hacia Ronda, del que un gran número de serranos hicieron su profesión. El transporte regular del pescado alimentaba notablemente un movimiento apreciable, particularmente en ciertos pueblos (Igualeja, Parauta) promovidos, en el itinerario habitual, al rango de pequeños centros de arrieros. No obstante, el transporte en mulos vivía sobre todo a costa del artesanado local, de las actividades del monte. Utilizado para el vaciado del corcho, el transporte de la materia prima y del combustible hacia los hornos, estaba solicitado aún más por las necesidades del transporte de la cal y del carbón de madera hacia Ronda. Este último, de hecho, representaba muchas veces lo esencial de su flete y justificaba la existencia de mayor número de muleros. Condenado por la apertura a la circulación moderna, la arriería ha sido arruinada directamente por el declive de la explotación del carbón. En cada pueblo, su desaparición ha creado en todo caso graves perjuicios y suprimido un gran número de empleos.

La fabricación de la cal y del carbón de leña, la explotación del corcho y del esparto, la arriería, todo ello constituye la economía tradicional que desaparece así brutalmente. La simultaneidad de estas crisis sectoriales resulta chocante. Ella no es fortuita sino el resultado de causas comunes al conjunto de las actividades desaparecidas: todas ellas sufren igualmente los efectos de la apertura y de la difusión de los productos industriales con los que no pueden competir, convertidas en impracticables fuera del contexto de una economía arcaica; la mayor parte de ellas, finalmente, son solidarias y participan de un sistema coherente, donde el desfallecimiento de un elemento entraña la ruina de los otros. La noción de solidaridad, en el fondo, es esencial si se quiere comprender la crisis de la vida rural tradicional. Pues bien, la decadencia de las actividades del monte juega incontestablemente el papel clave en este encadenamiento desastroso.

El déficit neto de su desaparición es, primeramente, irropa-

table. Son centenares de empleos los que bruscamente desaparecen, recursos importantes, indispensables para asegurar la satisfacción de las necesidades alimenticias de la mayoría de las familias campesinas. En breve, es el equilibrio de las pobres rentas de toda una población el que se rompe bruscamente.

Pero, aún más, no es solamente un elemento cualquiera del balance económico el que desaparece. Otras actividades han cesado —el contrabando, las migraciones para la recolección— sin crear un traumatismo comparable. Con las actividades del monte, es a la vez la pieza original, específica de la vida rural de montaña la que falla y *la cohesión interna* de todo el sistema agrario la que es *gravemente lesionada*. La agricultura y la ganadería, aparentemente independientes de los destinos del monte, están aquí, en realidad, tan estrechamente asociadas que se resienten de la crisis como una alteración irreparable.

Venida de la meseta calcárea y del bosque, elementos falsamente accesorios de la vida rural tradicional, la ruptura está consumada. Ella arruinará al edificio entero de la economía de las comarcas del Genal.

2. *El encadenamiento de la crisis* aparece entonces como el resultado de una lógica rigurosa. La desaparición rápida de los principales recursos del monte planteaba en efecto a la mayoría de la población local el problema de la supervivencia inmediata. Dos soluciones solamente podían contemplarse: la primera habría sido la de compensar la pérdida de las rentas del «monte» con la suma del trabajo disponible a cuenta de las actividades agrícolas, mejoradas e incrementadas. La tarea iba inmediatamente a revelarse imposible. Para el pequeño campesino-propietario, las dificultades técnicas de aumentar la producción se muestran pronto insuperables: el punto de partida es demasiado mediocre, las limitaciones naturales demasiado rígidas mientras que la desaparición del monte reduce aún más las posibilidades. Lejos de intensificarse, el pequeño cultivo tiende, por el contrario, a empobrecerse paralelamente al abandono del monte. Para el jornalero y el artesano, desprovistos de tierra, la situación resulta aún más crítica y la «reconversión» hacia la agricultura impracticable. La mayoría de ellos, sin embargo, presionados por la necesidad, han intentado la aventura. Acá o allá, pequeñas tenencias se ofrecían donde los propietarios ciudada-

nos o recientes emigrados proponían el arrendamiento. Pero, la demanda de tierra brutalmente incrementada iba a provocar un alza de los alquileres desproporcionada en relación a los magros recursos de la producción y a los escasos medios de que disponían los agricultores. La explotación en arrendamiento suministraba apenas la renta necesaria para el pago del alquiler.

A unos como a otros, la única alternativa que quedaba se imponía: partir, abandonar la región para traer de otra parte los recursos necesarios al mantenimiento de la familia, o incluso abandonarla sin volver. La pobreza de la agricultura arrojaba a los hombres cuya salida masiva iba a su vez a acelerar la degradación del sistema agrario. La lógica de un empobrecimiento creciente no podía ya ser detenida. Es así como las regiones del Genal iban a verse conducidas a sufrir la crisis demográfica más grave de la Andalucía mediterránea, la alteración más espectacular de las economías rurales tradicionales.

La emigración es, en toda la región, el fenómeno más importante de los últimos decenios. Verdadera «huida hacia el exterior», ella ha provocado una completa desorganización del tejido social pueblerino. La despoblación alcanza aquí cifras récord. En un tercio de los municipios las pérdidas se cifran alrededor del 40% y, en un segundo tercio, a más del 50% de la población de 1950. Sobre todo, lejos de disminuir, la tendencia se agrava de forma alarmante: *desde 1960 el ritmo de caída demográfica alcanza una media del 3% al año*. De hecho, en el éxodo rural todas las formas migratorias coexisten, se suman incluso en el seno de numerosas familias, y todas se ven afectadas. En breve, la emigración es a la vez general y extremadamente variada en sus modalidades: ella se convierte en un sistema.

Desde ahora, los efectos acumulados del éxodo definitivo y de las ausencias temporales conducen a un empobrecimiento considerable del potencial humano disponible con suficiente continuidad para impedir asegurar en el sitio el mantenimiento de las actividades. En realidad, la mayoría de los hombres no se queda en el pueblo sino episódicamente. Hemos señalado anteriormente el caso de Alpandeire como ejemplar en este sentido: entre 1970 y 1975, el municipio no proporcionaba morada sino al 50% de sus hombres de 30 a 40 años, y al 13% de los de 20 a 30 años. Por falta de hombres en el trabajo, la

economía local, desequilibrada ya por la desaparición de uno de sus elementos esenciales, está desde ahora condenada al abandono.

Agricultura y ganadería quedan desorganizadas, reducidas a actividades-reliquias en vías de desaparición. Lejos de mejorarse, de intensificarse concentrándose en un volumen más reducido, ellas no cesan, por el contrario, de degradarse bajo los efectos, conjugados ahora, de la ruptura de las complementariedades que las ligaban al monte y luego, finalmente, por la ausencia de los hombres. El pequeño policultivo de *autoabastecimiento* alimentario se derrumba sin haber modificado sus términos y sus métodos tradicionales. Se esfuma, abandonado poco a poco. El espacio cultivado es como una piel de zapa que se encoge en islotes cada vez más discretos, en el corazón de un monte invasor e inútil. El paisaje, yermo, revela inmediatamente la amplitud del abandono. En su conjunto, si nos referimos al período de después de la guerra en que la extensión de los cultivos era sin duda máxima, el reflujo se mide en los 3/4 aproximadamente de las superficies trabajadas en los años 1950: de 750 ha (1950) a 380 (1962) y después a 190 (1970) en Alpendeire; de 894 ha a 260 en el mismo período, en el municipio vecino de Paráuta. Ya reducida antaño a tareas discontinuas, la influencia agrícola es hoy apenas sensible, limitada el 1/20 aproximadamente del territorio. El abandono, no obstante, ha sido selectivo.

Los cultivos anuales han sido sus principales víctimas, sobre todo los cereales, base esencial hasta ahora de la economía alimenticia. En Alpendeire, municipio eminentemente cerealista en los orígenes, la superficie cultivada se ha reducido de los 5/6 hasta cubrir menos de 100 ha en 1970 (650 ha en 1940, 300 en 1962, 93 en 1970). El declive de los cultivos cerealistas aparece pues como la manifestación fundamental del retroceso agrícola local. El fenómeno es, por otra parte, muy lógico. Se sabe, en efecto, que una buena parte —la mitad aproximadamente— de las tierras sembradas estaba representada por campos temporales abiertos con grandes dificultades en el monte. El abandono de las rozas cuyas marcas leprosas son todavía visibles en la mayor parte de los vertientes, ha sido normalmente la primera manifestación del abandono agrícola. Notemos primeramente que esta clase de rozas estaba íntimamente ligada a las actividades artesa-

nales del monte: se utilizaba a veces el sotobosque desprendido para la explotación hullera y sobre todo los sectores limpiados alrededor de los hornos de cal. La búsqueda de combustible en el monte bajo sostenía directamente la cerealicultura temporal del monte. La desaparición de los hornos iba a precipitar la desaparición de las rozas. Su beneficio, reducido a una ínfima producción de grano, no legitimaba ya el trabajo considerable del desbroce. Progresivamente, la rarefacción de la mano de obra iba en seguida a extender cada vez más el dominio de las labores abandonadas. Las tierras sembradas hoy se concentran en los mejores campos, en la proximidad inmediata del pueblo.

La arboricultura se mantiene mucho más sólidamente y, cara al hundimiento de las labores, ella adquiere incluso un papel nuevo. El olivar tiende hoy a ocupar el primer lugar en el sistema agrícola. Acá o allá, gana incluso un poco de terreno. Más localmente, el interés se concentra más en los castaños (Parauta) o en los árboles frutales (Cartágima). La razón de esta promoción es clara: el árbol, poco exigente en trabajo, se adapta mejor a la falta de mano de obra de que sufre la región. Rústico, gratificado con cuidados cada vez más reducidos, continúa no obstante proporcionando una cosecha. Esta última es con frecuencia ocasión de un breve retorno de los migrantes temporales menos alejados. El mantenimiento de la arboricultura es pues más el signo de una actividad agrícola reducida a la recolección, que el de una reconversión de la economía local.

La ganadería no se escapa al movimiento general de degradación y se hace cada vez más extensiva. Lejos de beneficiarse de la enorme extensión de tierras baldías consecutiva al retroceso agrícola, el ganado tiende por el contrario a empobrecerse y la densidad ganadera se reduce continuamente.

El ganado menor, que representa el término esencial de la ganadería comercial de estas regiones, retrocede por todas partes. En todos los casos, las causas habitualmente evocadas para explicar esta regresión no son en absoluto esenciales: la peste en los porcinos, la repoblación forestal en los ovinos y caprinos constituyen inconvenientes evidentes pero superficiales. El mal es más profundo, y está ligado al proceso general de declive de la vida rural. Es, por este hecho, difícilmente curable. De entrada, la mediocridad técnica del ganado menor no consiente sino

pobres ingresos. Los métodos no han evolucionado en manera alguna, perpetúan las prácticas tradicionales más extensivas: la cría «natural» de las razas indígenas más rústicas se revela cada vez más como una aportación muy insuficiente.

La ganadería ovina orientada hoy hacia la producción de corderos para sacrificio reposa exclusivamente sobre la raza «Entrefina», variedad de merina, más dotada para la lana que para la carne. A pesar de su rusticidad, el animal sufre también de las condiciones en que se desenvuelve: ausencia total de alimentación de complemento incluso en el curso de los períodos de helada, cuando los pastos son impracticables. La subalimentación es crónica durante una buena parte del invierno, lo mismo que en verano: la antigua desaparición de la trashumancia no consigue paliar la insuficiencia temporal de los pastos. También es considerable la mortalidad, la tasa de partos mediocres y el aumento del rebaño lento. La insuficiencia alimentaria y el defecto de selección no permiten nunca más que un parto anual en el corazón del invierno, en las condiciones más desfavorables: los corderos supervivientes —las pérdidas alcanzan al 20%— deben esperar más de tres meses para poder alcanzar un peso mediocre, de unos 20 a 25 kilos, y llegar al mercado después de Pascuas, en un momento en el que bajan los precios. Los resultados son finalmente bastante pobres.

La cría de cerdos obedece a reglas comparables. El sistema de alimentación con bellotas, la montanera, permanece exclusivo. Sólo el cerdo ibérico es capaz de someterse al régimen de hambre que la insuficiencia de los pastos le impone fuera del otoño y durante una buena parte del invierno. Además son necesarios de dieciocho meses a dos años para obtener un animal de unos 120 kilos apenas.

Pues bien, esta ganadería tan extensiva está abocada a empobrecerse aún más, a sufrir una degradación forrajera evidente a pesar de una extensión aparente de los terrenos de tránsito. Bello ejemplo de la solidaridad de los elementos del sistema tradicional, se ve de hecho condenado por el retraso de los cultivos y el abandono del monte a convertirse cada vez en más «natural» y más extensivo aún. La cerealicultura era, en efecto, indispensable para su equilibrio. En los campos de modesta calidad, la alternativa habitual —trienal inversa— le aseguraba el

disfrute de los barbechos en unos 2/3 del terreno: rastrojos, después vuelta a crecer de la hierba, rápida en estos suelos trabajados, le proporcionaban un complemento feliz en los momentos oportunos. Así, con el declive de los cultivos, la ganadería, la de ovino sobre todo, perdía sus mejores pastos. Transformados en eriales, las antiguas tierras cultivadas soportan hoy una carga ganadera dos a tres veces inferior.

Reducido de ahora en adelante únicamente a los pastos naturales, el ganado sufre finalmente las consecuencias de la desaparición de las actividades del monte. Los recursos forrajeros se han empobrecido también singularmente aquí. En la meseta calcárea, el abandono de los hornos de cal y de las rozas ha suprimido también los rastrojos y la hierba que crecía más tupida en los largos barbechos. El desbroce para combustible, o el grano, era en el fondo un medio indispensable de mejora periódica de los pastos.

El problema resulta idéntico, tal vez más acentuado aún, en el encinar abandonado por los carboneros. Por falta de una limpieza regular del sotobosque, la hierba se ve ahogada por la maleza y las bellotas son más difícilmente accesibles. Finalmente, el rendimiento de las bellotas no cesa de decrecer desde que los árboles no son ya podados en beneficio de los hornos. La montanera resulta cada vez menos productiva.

La ganadería se degrada pues irresistiblemente al ritmo del declive agrícola y del abandono del bosque. En su forma tradicional, la única contemplada en la región, está destinada a una mediocridad creciente. No más que el policultivo ya arruinado, tampoco es susceptible de salvar a la vida rural. La desafección de los pastores y de los porqueros no permite por otra parte contemplar un mantenimiento duradero: la emigración ha alejado tanto a los pastores como a los campesinos. En la mayor parte de los pueblos, el porquero comunal (pastor concejil) que cuidaba a los animales de los pequeños agricultores ha desaparecido; en los grandes dominios, los pastores asalariados son desde ahora difíciles de encontrar, mientras que la mediocridad de las rentas obtenidas del rebaño permite apenas cubrir el encarecimiento considerable de los salarios a pagar.

La ganadería se convierte también en una actividad residual. Profundamente afectada en cada uno de sus términos, la econo-

mía rural se ve, de hecho, definitivamente desorganizada.

3. *Ninguna explotación escapa ya hoy a la crisis.* Ni la dimensión de la tenencia ni su vocación cambian en absoluto el problema: el gran dominio ganadero lo mismo que la finca del pequeño policultivador se encuentran igualmente en una situación crítica, avocadas a desaparecer o a supervivir a partir de expedientes provisionales. Es este el signo indiscutible de un desmoronamiento definitivo y sin salida de la economía local entera.

El pequeño policultivo campesino ofrece desde ahora una imagen uniforme: la de explotaciones marginales que, sin excepción, no representan ya sino un interés accesorio dentro de los recursos familiares, un complemento con frecuencia irrisorio. En todos los casos, lo esencial de los ingresos proviene del exterior, de la emigración sobre todo, cuyos fondos constituyen como media los 3/4 de las entradas de dinero.

La explotación que, cada vez más frecuentemente, moviliza menos de la mitad del tiempo de trabajo, prodiga sobre todo algunos productos de autoconsumo. Con la decadencia cerealista su vocación alimentaria ha retrocedido, sin embargo: la producción de frutas (aceitunas, castañas, etc.), convertida en esencial, es vendida, así como algunos animales. No obstante, más de la mitad de los productos es todavía consumida en el propio lugar. Los huevos, la leche, la carne, sobre todo, si se exceptúan algunas cabras, algunos cerdos, alimentan la mesa familiar. En contrapartida, las compras quedan reducidas al mínimo: un poco de pescado, de arroz, algunas frutas. La preocupación por el autoabastecimiento alimenticio permanece siendo primordial en este policultivo-reliquia, a pesar de la importancia de las entradas de dinero del exterior.

Es que globalmente la suma de las rentas, recursos exteriores y productos de la explotación permanece a la vez muy modesta e irregular. La comarca no escapa en absoluto a su tradición de pobreza: las rentas por cabeza en la Serranía de Ronda son todavía inferiores en la mitad de la media provincial, no obstante, nada favorables (1). Lo que explica con seguridad el man-

(1) E.S.T.E.A. *La Serranía de Ronda: estudio de potencialidades*, Córdoba, 1976.

tenimiento obstinado de estas explotaciones marginales aunque indispensables aún a un equilibrio financiero siempre problemático. Su supervivencia, no obstante, no puede ser duradera. Los jóvenes, mejor armados que sus padres, emigran definitivamente. Ya la mayor parte de las tenencias aún vivas están condenadas por falta de sucesión. En definitiva, dos tipos de explotaciones pueden ser distinguidas. Su porvenir es igualmente incierto.

— La explotación familiar a tiempo parcial parece actualmente la más activa, gracias a una mano de obra todavía joven y numerosa.

Tomemos el caso representativo de este pequeño campesino de Alpendeire, de 46 años, con cinco hijos de los que el de más edad alcanza los 18 años, en total, una familia de siete personas. Propietario de 5,5 ha. de tierra cultivable, él ha renunciado, como la mayoría, a los cereales, con la excepción de 1/2 ha. de cebada destinada a completar la alimentación de dos cerdos. El resto de la explotación está constituido por 5 ha. de olivares. La venta de las aceitunas y de los cerdos le procuran una renta anual del orden de los 40.000 pesetas.

De hecho, el padre y el hijo mayor trabajan fuera de la explotación durante más de la mitad del año: algunas semanas en la recolección de las aceitunas en la región de Antequera, varios meses «en la construcción» en la Costa del Sol. En definitiva, son unas 150.000 pesetas las que provienen del exterior, o sea más de los 3/4 de los recursos familiares.

El sistema funciona bien que mal. Podría perpetuarse así por todo el tiempo en el que la contratación permanezca siendo fácil en la proximidad de la comarca. Está en realidad condenado a desagregarse con la marcha de los niños. El mayor emigrará definitivamente bien pronto después del servicio militar del que espera poder engancharse en la Guardia Civil. De la misma forma, los padres no desean que los más jóvenes permanezcan en el pueblo.

Así, en la casi totalidad de los casos, la explotación familiar a tiempo parcial está condenada, en tanto que continúe la marcha de los niños y el envejecimiento de los padres, a transformarse en explotación-retiro.

— La explotación-retiro constituye en efecto un grupo numeroso, ya mayoritario, hacia el cual evoluciona el conjunto de las explotaciones todavía en activo. Ya, el abandono de los cultivos se precipita tanto por el hecho de las energías que envejecen como por la disminución de las necesidades, una vez suprimida la carga de los niños. El grueso de los recursos proviene aún de fuera, incluso aunque, casi siempre, las migraciones han cesado: los envíos de los hijos emigrados se reciben aquí periódicamente, pero, sobre todo, las pensiones de vejez que, desde ahora, hacen vivir a una buena parte de la población.

En todos los casos, la supervivencia del pequeño policultivo campesino no representa sino un alivio.

La gran explotación pastoril no conoce mejor suerte. Instalada en los contrafuertes calcáreos de los bordes de la región, ella dispone de muy vastas extensiones —superiores a 500 ha. como media y con frecuencia a 1.000 ha.— enteramente incultas. El sistema, fundado esencialmente en la ganadería de ovinos y caprinos, proporcionaba hasta entonces buenos resultados a los propietarios absentistas, ciudadanos de fortuna, nobles o burgueses.

Pues bien, unos tras los otros, los terratenientes abandonan la explotación. Pero, a diferencia de la desafección campesina dictada por un sentimiento confuso de impotencia, la decisión resulta aquí como fruto de rigurosos cálculos de rentabilidad. La gran explotación pastoril no es ya viable: los capitales inmovilizados en la empresa son retirados, desplazados hacia inversiones más productivas, hacia otras explotaciones, a veces, que estos grandes propietarios poseen en otras partes, en regiones más fértiles. La ganadería en los mediocres pastos de la Serranía no proporciona más que un modesto producto, mientras que el desplazamiento permanente de los rebaños impone una numerosa mano de obra: varios pastores permanentes, ayudas temporales y un administrador. El muy escaso nivel de los salarios permitía únicamente antaño sustanciales beneficios: la elevación rápida de las retribuciones convierte hoy al fenómeno en caduco.

Veamos el caso de esta vasta propiedad de 1.290 hectáreas, situada en las tierras altas del municipio de Parauta. Pertenece a una rica familia de Ronda.

Totalmente inculta, alimenta un ganado de 540 ovejas y de 490 cabras a las cuales hay que añadir un pequeño rebaño de 22 vacas indígenas (retintas). La carga ganadera es escasa —una UG por 4 a 5 ha aproximadamente—, y la producción mediocre: cabras y ovejas producen menos de un cabrito o de un cordero por año (0,6 a 0,7 como media) y las pérdidas superan en general el 10%.

En contrapartida, la mano de obra resulta necesariamente numerosa: un administrador y tres pastores permanentes, a los cuales se suman varios asistentes en la época del corderaje.

El balance contable para 1974 se establece de la manera siguiente:

Producto bruto (ventas): 1.458.200 pesetas.

Gastos reales: 1.536.740 pesetas.

(de las que 743.000 son gastadas en mano de obra).

Los beneficios aparentes, en un año medio, son pues desde ahora negativos. Pues bien, si se estiman los gastos invisibles (renta del suelo: 800.000 pesetas, interés del capital invertido: 420.000 pesetas), el déficit aparece entonces considerable, alcanzando aproximadamente 1.300.000 pesetas.

Los progresos, sin duda, no serían imposibles. La fijación de cercados permitiría a la vez una importante economía de mano de obra y una utilización más racional de los pastos. Asociada a una mejora del pastizal mediante la siembra de trébol subterráneo y a una mejor selección del ganado, ella ofrecería resultados notablemente más fructíferos que en la actualidad. De hecho, tal principio de intensificación es unánimemente rechazado por los propietarios: las inversiones en tales extensiones serían considerables sin poder asegurar un rendimiento equivalente a su colocación sin riesgo en capital inmobiliario o incluso en el mercado financiero. Los grandes propietarios, extranjeros a la comarca, se desinteresan de su porvenir.

La evolución de los grandes dominios patoriles es en todas partes idéntica. Ella combina tres aspectos.

El abandono de la explotación directa y el *fraccionamiento del domino* en unidades familiares confiadas a aparceros representan la solución generalmente adoptada. Consiste en hacer recaer íntegramente el coste de la mano de obra sobre el arrendatario, que no contabiliza sus penas. El ganado inicial pertenece por partes iguales al propietario y al aparcerero, mientras la ampliación del mismo es compartida. Los beneficios resultan finalmente mediocres, tanto para el uno como para el otro. Sobre todo, el sistema está definitivamente paralizado, la tradición extensiva se mantiene: el aparcerero no dispone de medios que le permitieran cualquier tentativa de mejora. De esta suerte, la ganadería no conoce sino un alivio provisional.

Por otro lado, una parte de los dominios, en las zonas más elevadas, está con frecuencia *repoblado* mediante el apoyo financiero y técnico de los poderes públicos.

Finalmente, la función de prestigio —la caza menor— permanece. El cortijo se ve entonces ocupado por los dueños durante una breve estancia.

La vida rural de las comarcas del Genal está moribunda. ¿Existen soluciones que permitieran preservar algunos de sus elementos modernizados? La vía que ofreciera una agricultura intensificada está técnicamente prohibida. La orientación hacia una cría mejorada de ganado menor parece únicamente factible. Ya se ha visto cómo era obstinadamente rechazada por los grandes propietarios. ¿Es ella posible en el marco de la pequeña explotación campesina? Ella supondría entonces prácticas altamente intensificadas: ganadería porcina «sin suelo», ganado vacuno lechero, a condición de dotar a la región de red de recogida y de central lechera y, sobre todo, de emprender una verdadera «revolución forrajera» en los «huertos» abandonados. En definitiva, más que la ausencia de infraestructuras y el retraso técnico es la degradación extrema del «capital humano» lo que representa hoy un obstáculo insuperable: los brazos faltan, la voluntad o la energía faltan a una población vieja y resignada.

Al menos puede contemplarse el mantenimiento de los jóvenes que crecen aún en la comarca, a condición de crear

empleos fuera de la agricultura. Pues bien, Ronda, enclavada entre sus montañas, constituye un apoyo desfalleciente: las implantaciones artesanales e industriales son aquí raras a pesar de las promesas y de los estímulos oficiales. Apenas son suficientes para proporcionar trabajo a la población urbana.

¿El turismo? La belleza de sus montañas, su frescura boscosa son, por detrás de la Costa del Sol, bazas indiscutibles. De hecho, la población no sabría beneficiarse de ellas sino accesoriamente, a condición de poder ofrecer en alquiler un hábitat, desde ahora espaciosos, para una clientela familiar. La deficiencia de las infraestructuras elementales —ausencia de agua corriente, de electricidad— unida al aislamiento y al escaso poder económico de una clientela modesta de fines de semana por parte de las ciudades regionales, hace ilusorios tales proyectos.

La situación no tiene salida. La Serranía se convertirá sin duda en el parque natural ya contemplado como el pulmón de una Costa del Sol saturada, condenada a la caza mayor y a las excursiones de algunos ricos turistas, atraídos por el encanto de una naturaleza salvaje y... desierta.

B) LA ALTA ALPUJARRA: LA CRISIS DE LA ALTA MONTAÑA

Algo menos graves, tal vez, pero de naturaleza comparable, las dificultades actuales empujan también a la alta montaña a un abandono progresivo. El cuadro de vida es, en su origen, un tanto diferente al de las comarcas rondeñas de mediana altitud. El sistema tradicional reposa aquí en la superposición de actividades agrícolas concentradas en las vegas pueblerinas, completadas con la utilización estacional de los cortijillos de montaña, y de una función patoril activa fundada en el agostadero de alta altitud seguido del descenso hacia la costa durante el invierno. Ganadería y agricultura están en lo esencial radicalmente separadas: el ganadero se ciñe exclusivamente a la administración de sus rebaños; el campesino no practica sino una pequeña ganadería doméstica muy accesoria.

No obstante, desde los años 1950, la Alta Alpujarra conoce un destino semejante al de la Serranía de Ronda con la que

comparte los *records* de despoblación regional (pérdidas medias del 3% al año).

Se observará, no obstante, que los comportamientos migratorios actuales así como los orígenes de la crisis no son del todo comparables.

Las múltiples migraciones temporales que caracterizan a las comarcas del Genal son aquí excepcionales. La situación está, en el fondo, más contrastada: el abandono es total, definitivo o, para la población restante la vida es más sedentaria (lo que no excluye movimientos estacionales muy activos, hacia Francia sobre todo, y a veces hacia los nuevos perímetros agrícolas de la costa de Almería).

El proceso inicial de la crisis no resulta tampoco de un encadenamiento idéntico al que se ha descrito en la Serranía. Sin duda el desequilibrio de la vida rural se ha visto agravado brutalmente con la desaparición brusca de actividades complementarias que sostenían útilmente a la agricultura (cese de las migraciones para la recolección hacia las llanuras de Guadix entre 1950 y 1960; terminación de las canteras hidroeléctricas; cierre de las minas que empleaban a centenares de obreros temporales en Cástaras, Busquístar, Soportújar, etc...). Un cierto número de jornaleros o de muy pequeños campesinos se han visto así obligados al éxodo. Pero, a diferencia de la Serranía de Ronda, la ausencia de interdependencia funcional entre artesanado, agricultura y ganadería no permite invocar la lógica del derrumbamiento de un sistema de elementos estrechamente solidarios. Las diversas ramas de actividades han sufrido de forma relativamente autónoma crisis paralelas en respuesta a las esperanzas comunes del éxodo rural que, al privarles de brazos, las ha desorganizado al mismo tiempo.

1. *El declive paralelo de la ganadería de montaña y del pequeño cultivo de vega* ha roto el mecanismo de la vida rural tradicional.

No queda hoy de todo ello sino el reflejo desfigurado que expresa una fórmula híbrida de supervivencia. La organización rigurosa que, en el espacio comunal como en la sociedad pueblerina, separaba agricultura y ganadería se ha desagregado definitivamente. El sistema de la Alta Alpujarra ha perdido del mismo modo su especificidad.

La decadencia del pequeño cultivo campesino confirma de

entrada la pobreza de un sistema incapaz de emanciparse de los marcos demasiado estrechos del microfundismo y de aumentar sensiblemente los recursos irrisorios de la explotación familiar. La dimensión de las tenencias es, en vísperas de la ruptura de los años 1950, notablemente constante y notoriamente insuficiente: 1,5 ha (5 obradas) de vega, en la mayoría de los casos, a las cuales conviene añadir 1 a 2 ha de campos de montaña alrededor del cortijillo de altitud.

A pesar del perfeccionamiento relativo del policultivo alimentario, adquirido al coste de un trabajo abrumador, los resultados permanecen irrisorios. La doble recolección de las tierras regadas —trigo de invierno, maíz de verano y hortalizas— incluso completada con la producción de patatas del cortijillo y algunas cabezas de ganado menor consiguen apenas alimentar a la familia.

En las partes occidentales de la montaña más próximas a las carreteras de la costa o de Granada, el desarrollo de las producciones comerciales y la última intensificación de las fórmulas de vega no mejoran sensiblemente la situación: el auge de la venta de judías verdes permite la obtención de una tercera cosecha, sistemáticamente plantada entre las líneas del trigo. Así aumentados, los recursos resultan aún muy reducidos en tan minúsculas explotaciones, la buena dirección de las cuales supone, sin embargo, un enorme desgaste de trabajo manual, aumentado de Pascuas a Todos los Santos con las idas y venidas incesantes entre el pueblo y el cortijillo de montaña. No es posible apenas obtener más ni trabajar más duramente: el sistema está bloqueado.

El éxodo rural, impedido hasta entonces por la ausencia de posibilidades de salida, va a ser liberado a partir de 1950 por la atracción de las regiones industriales. La enorme ola de esta emigración de pobreza va a trastornar bruscamente la faz de la sociedad agrícola.

Capileira, al pie del Mulhacén, pierde en 20 años unos 800 habitantes, de una población de 1.737 personas en 1950. Las condiciones de la vida rural se encuentran con ello radicalmente modificadas, a doble título:

— La desaparición de los 3/4 aproximadamente de la población activa masculina reduce considerablemente las posibilidades del aprovechamiento. Hemos podido enumerar, en el solo decenio de 1960-70, 171 partidas de los 320 hombres activos en 1960.

— El abandono de las explotaciones constituye un fenómeno también impresionante. Una vez desaparecidos los jornaleros, por otra parte minoritarios en la sociedad tradicional, las familias campesinas han constituido el grueso de los efectivos de la emigración: 73% de las salidas en el decenio 1960-70. Resulta de ello una liberación considerable de las tierras agrícolas.

Menos hombres sobre mucho más espacio: situación nueva que permitiría esperar por fin una solución al problema microfundista y, en resumen, una reorganización decisiva del sistema tradicional. En realidad se constata, por el contrario, una degradación indiscutible de las actividades agrícolas.

La reducción masiva del territorio cultivado confrontada con el aumento sorprendentemente moderado de la dimensión de las tenencias, siempre insuficiente, aporta una primera prueba de la impotencia del pequeño cultivo actual. El abandono ha afectado primeramente a las tierras marginales, las más ingratas y más duras para laborar. El secano está totalmente marginado. Igualmente los campos de montaña, a cuatro o cinco horas de marcha del pueblo, quedan enteramente desafectados. En ambos casos, la evolución resulta lógica.

Más sorprendente es la depresión que se manifiesta en las vegas pueblerinas, en las tierras de cultivo permanente, regularmente regadas. Pues bien, en todas partes, en Capileira, Pitres o Trevélez, el retraso agrícola es considerable: *la mitad del suelo, como media, no es laborado aquí*, dejado como erial o en un semiabandono. La población restante queda demasiado disminuida para poder revalorizar el espacio liberado por las familias emigradas. Hecho significativo, el alquiler de estas tierras, tremendamente disputadas hasta entonces, se hunde hasta valores insignificantes que permiten apenas pagar los impuestos y los

derechos de agua: calculado hasta 1960 sobre la base de 8 fanegas de trigo por obrada (la fanega equivale a un volumen de 55 litros de grano. La obrada representa en la Alta Alpujarra 33,3 áreas), no proporciona hoy más que 2 fanegas/obrada.

Sin embargo, las explotaciones todavía vivas no se benefician apenas de esta oferta de tierra. Sin duda su superficie media se ha duplicado: ella alcanza hoy día 10 obradas (3 ha)) frente a 5 antaño. Pero ellas permanecen, sin embargo, limitadas a una dimensión que les confina todavía en el nivel de microfundios notoriamente insuficientes. La paradoja no es más que aparente. Impedido por la pendiente a la utilización de máquinas —no existe ningún tractor ni motocultor en la Alta Alpujarra—, el agricultor no puede cultivar más que lo que la energía familiar, a veces reducida por la emigración, le permite: el umbral de las 10 obradas parece difícilmente franqueable. El bloqueo técnico aparece finalmente más riguroso que el bloqueo fundiario.

Lejos de compensar la insuficiencia de la dimensión de este nuevo microfundio con fórmulas más intensivas, la evolución del sistema de cultivo marca, por el contrario, una evidente degradación. Los términos, impuestos por los límites rigurosos del clima, no han cambiado. Sólo han variado sus proporciones respectivas en detrimento de los productos alimenticios, en beneficio de los cultivos para la venta. En la parte occidental de la montaña, la de más fácil acceso, el policultivo poco a poco se especializa: los cereales se reducen, las patatas de presentación defectuosa, desdeñadas por el comercio no son producidas ya más que para el consumo doméstico. En definitiva, el sistema se centra cada vez más estrechamente en la producción de judías verdes para semilla —la variedad indígena mocha— completada con el cultivo estival del maíz. El trigo, cada vez más, debe reducirse al rango de cabeza de alternativa irremplazable, mantenido gracias a un resto de prudencia alimentaria y, sobre todo, por falta de cultivos de sustitución durante el invierno. Se estima que hoy, la mitad al menos, los 2/3 frecuentemente, de las rentas de la explotación campesina provienen de la venta de las judías.

Semejante evolución podría hacernos creer en un verdadero progreso de la economía agrícola de montaña muy alejado del fracaso completo del policultivo de las comarcas del Genal. Ello

no es cierto. De hecho, el sistema alpujarreño actual no traduce ninguna mejora con relación a la fórmula tradicional sino más bien un empeoramiento técnico, una mayor fragilidad económica y, finalmente, resultados tan mediocres. La especialización del policultivo con fines alimentarios de antaño no es, en el fondo, sino el signo de un empobrecimiento del sistema tradicional por abandono de algunos de sus términos. La mejor prueba de ello es que el retroceso de los cereales o de las patatas no ha sido realmente cubierto con la expansión de los nuevos cultivos clave. Estos últimos más bien hacen el papel de producciones residuales cada vez más extensivas: en resumen, la explotación produce, sin duda, menos que antes. La alternativa, a nivel de la parcela, se ha empobrecido considerablemente con la desaparición general de la plantación conjunta. Por falta de tiempo o por simple preocupación por la simplificación, el campo no obtiene al año más que una sola cosecha, trigo, judías o maíz. Los rendimientos se ven con ello considerablemente disminuidos. La insuficiencia de los cuidados aportados a los cultivos opera también en el mismo sentido y atestigua un cierto desinterés. La ausencia de selección de semillas, la reutilización por medidas de economía de los granos de la cosecha anterior, conducen a una degeneración muy perjudicial, a una baja progresiva de los rendimientos y de la calidad. La subutilización de los abonos, la de los herbicidas, en tanto que el arranque de malas hierbas manual es cada vez más olvidado, se añaden aún a la mediocridad de los resultados que, según los técnicos locales, podrían fácilmente ser aumentados en una mitad al precio de mayores cuidados. El sistema se ha extensificado indiscutiblemente.

Más especializada, la fórmula se ha convertido también en más frágil y sus resultados más aleatorios. De hecho, las cotizaciones de la judía para semilla no cesan de degradarse. La salida principal, por no decir exclusiva, es la de la nueva horticultura litoral. Aparentemente prometedora, esta salida tiende, por el contrario, a reducirse progresivamente mientras que la calidad de la producción hortícola se afina para poder satisfacer a las exigencias de la exportación. La judía «mocha» se ve poco a poco reemplazada por variedades mejor apreciadas en el extranjero, pero demasiado frágiles para poder ser cultivadas en la

montaña. Las pocas tentativas de sustituciones practicadas en la Alta Alpujarra han sido saldadas con resultados catastróficos. La insuficiencia de las prácticas culturales, de los tratamientos sobre todo, no son sin duda ajenas a este fracaso inquietante para el porvenir. La desafección por una agricultura que, en definitiva, se revela impotente para encontrar su equilibrio fuera de la fórmula alimentaria de antaño, corre el riesgo de verse así precipitada.

Pues, en resumen, la pobreza continúa. El balance de las explotaciones de hoy no es sensiblemente mejor que el de las minúsculas tenencias tradicionales. Inmovilizada por las técnicas anticuadas que la condenan a limitarse a superficies exiguas e inmovilizadas también por el clima en una gama estrecha de alternativas de cultivo, la agricultura de la Alta Alpujarra está, así como la de las regiones del Genal, condenada al abandono. No subsisten ya más que explotaciones residuales o aquéllas que, al precio de una desafección creciente y deliberada por los cultivos, se asocian con un sector de ganadería que se ha convertido en preponderante.

La ganadería ovina ha registrado, sin embargo, un declive espectacular. El ganado, concentrado sobre todo en los municipios más altos, Capileira, Bérchules, Trevélez, estaba estimado en más de 20.000 cabezas en los años 1950 (2). Es actualmente, con mucho, inferior a 10.000, reducido como media al 1/4 de sus efectivos de antaño. El abandono de los pastos de altitud, de los agostaderos comunales más elevados sobre todo, consagra esta decadencia: desde 1961, la adjudicación anual de los pastos municipales de Capileira no ha atraído a ninguna candidatura o no ha provocado sino ofertas irrisorias venidas de ganaderos ajenos al pueblo. Las Montañas han sido dejadas de lado o parcialmente colonizadas por rebaños venidos de las zonas bajas, de la región de Dalías en particular. Como la Serranía de Ronda, la Alta Alpujarra abandona pues la pieza más específica del sistema montaños, el monte pastoril.

Sin embargo, a pesar de su declive, la ganadería conserva un papel que, en función del desmoronamiento agrícola, resulta

(2) Consejo económico-sincial de Granada, *Ponencias y conclusiones*, 1964, Ponencia «Alpujarras», Granada, 1964.

relativamente más importante que en otras épocas. De hecho, ha cambiado radicalmente de naturaleza y no es ya portadora de la misma significación social.

El gran ganadero-especialista que monopolizaba todas las actividades pastoriles en el sistema tradicional *ha desaparecido* completamente hoy. Poco numerosos, los propietarios de corderos disponían de rebaños importantes del orden de las 1.000 cabezas que se limitaban a administrar desde el pueblo. El sistema reposaba integralmente en el empleo de pastores asalariados, contratados para la custodia de las manadas, reducidas a 70 cabezas de ganado. Cada ganadero utilizaba pues una decena de empleados al menos, muchos más si se cuentan los jóvenes ayudantes de los pastores. La fórmula de la hatería que garantizaba una muy modesta remuneración de la mano de obra permitía únicamente el buen funcionamiento del sistema: el contrato se limitaba esencialmente a proporcionar la alimentación del pastor así como una modesta cantidad de dinero de bolsillo y a autorizarle a criar algunas ovejas a su propia cuenta (3). Los últimos contratos de hatería fueron establecidos en los años 1970. Con ellos, la gran ganadería tradicional desapareció definitivamente: los jóvenes rehúsan la ruda vida errante del pastor y prefieren emigrar. Los últimos solicitantes no consentían en comprometerse sino con la garantía de un salario en numerario que les asegurase una renta comparable a la de la emigración. El ganadero profesional resulta desde ahora incapaz de soportar las cargas de una mano de obra dispendiosa que no puede compensar el producto de una actividad pastoril extensiva. La crisis de la ganadería especializada tradicional responde exactamente a la de los grandes dominios pastoriles de la Serranía de Ronda: las razones para ello son idénticas y las «soluciones» comparables.

Como en la Serranía, *la gran ganadería con asalariados se ha*

(3) Ejemplo de un contrato de hatería en Capileira. La retribución mensual del pastor se descompone como sigue:

- a) 1,5 fanega de trigo
0,5 fanega de maíz
1,5 celemines de judías
5 litros de aceite.
- b) Derecho de criar por su cuenta 15 ovejas y 2 cabras.
- c) Sueldo de 300 pesetas.

visto hoy relevada por una pequeña ganadería familiar el único capaz de evitar el recurso ruinoso a la mano de obra exterior. Por el contrario, las modalidades del fenómeno no son semejantes a las que prevalecen en la Serranía, más rentables para los nuevos ganaderos. Desprovistos de grandes propiedades fundiarias, los grandes empresarios ganaderos no han tenido aquí el recurso a la aparcería y su desaparición es total. La actividad pastoril resulta, desde ahora, privativa de pequeños explotantes autónomos salidos de dos categorías profesionales:

— Los antiguos pastores asalariados promovidos al rango de ganaderos-propietarios, de los cuales algunos se adjuntan mediante alquiler una tenencia agrícola en la vega.

— Los campesinos cuya insuficiencia de rentas procedentes del cultivo les induce a intentar la experiencia de la ganadería.

El declive paralelo de cada una de estas dos grandes actividades tradicionales, hasta entonces rigurosamente independientes, desemboca pues en su fusión a nivel de la pequeña explotación familiar: fenómeno de un alcance considerable puesto que pone fin a la separación económica y social que representaba de hecho la base específica del sistema montañés en la Alta Alpujarra. La vida rural reposa, desde ahora, sobre estructuras homogéneas definidas por el pequeño policultor-ganadero totalmente extranjero a la tradición. La faz de las actividades pastoriles se encuentra con ello considerablemente transformada.

El fraccionamiento de los rebaños es la marca más visible de ello, al tiempo que la multiplicación del número de ganaderos. Los rebaños actuales no comportan más que un centenar de ovejas, es decir 10 veces menos que antaño. El incremento de su número —hoy hay 2 a 3 veces más propietarios de ovejas que en otras épocas— no compensa, sin embargo, la reducción de los efectivos unitarios y el conjunto del censo ganadero se encuentra por ello enormemente disminuido.

Capileira abrigaba en los años 1950 una decena de grandes ganaderos que, reunidos, poseían cerca de 12.000 cabezas de ganado. Se cuenta hoy (en 1972) 21 rebaños pero que totalizan menos de 3.000 ovejas: dos de entre ellos solamente alcanzan o superan las 200 cabezas (280 y 200) y cinco se sitúan

entre 150 y 200 ovejas. Los otros rebaños —los 2/3 del total que representan más de la mitad del ganado municipal— no disponen sino de 70 a 150 cabezas.

Las prácticas pastoriles igualmente han cambiado mucho: se constata en todas partes *un acortamiento* notable *de los radios de trashumancia* que confina a veces con el abandono puro y simple de los desplazamientos estacionales. Los rebaños hoy se alejan cada vez menos de los pueblos y permanecen a veces una gran parte del año en las vegas, de donde antaño estaban rigurosamente excluidos. La razón de ello es clara. Se explica, de entrada, por la modificación del estatuto del ganadero, con frecuencia campesino hoy, el cual para satisfacer a sus obligaciones agrícolas difícilmente puede alejarse de las tierras de cultivo. Procede igualmente de la depresión agrícola y pastoril que libera vastos espacios: la reducción masiva del ganado permite satisfacerse con pastos de baja altitud, mientras que el erial que conquista a las vegas proporciona también nuevos pastos a las mismas puertas del pueblo.

La trashumancia estival hacia los pastos de altura está cada vez más degradada. Se dejan de lado cada vez más completamente los pastos municipales de alta altitud, cedidos a raros rebaños exógenos. Se limita, de hecho, a ocupar el estadio inferior de la montaña, el estadio agropastoril de los cortijillos donde el abandono de los cultivos estacionales proporciona buenos pastos regables. Sucede cada vez más que se entra al ganado cada tarde en el pueblo: la costumbre se generaliza en algunos pueblos donde todos los rebaños descienden durante la noche a la vega (Pîtres).

La trashumancia inversa hacia la «costa» se conserva mejor, en general, a pesar de su coste elevado: transporte por camiones cada vez más habitual, alquiler de terreno de pastoreo y sobre todo compras indispensables de alimentos complementarios como consecuencia de la mediocricidad de los pastos. Arrojadados hacia las llanuras conquistadas a los nuevos cultivos (campos de Dalías, de Carchuma), los rebaños deben hoy contentarse con las tierras secas y con la escasa hierba de los almendrales de las laderas. La práctica, sin embargo, permanece viva. Es que durante el invierno, el campesino-ganadero está menos ocupado

con el trabajo de los campos y puede más fácilmente abandonar el pueblo. Sobre todo, el frío es riguroso al nivel de las más altas vegas y, en ausencia de estabulación, ello impone siempre el desplazamiento de los rebaños hacia regiones más clementes.

En Capileira, los 9/10 de los rebaños se dirigen en el invierno hacia «la costa». La mayoría de ellos van a las laderas del interior próximo a Motril y a Almuñécar, más raramente a las bajas pendientes de la Contraviesa. Por el contrario, 2 ganaderos se limitan a un breve desplazamiento por el territorio vecino de Orgiva, en el valle del Guadalfeo, a algunas horas del pueblo. Dos rebaños finalmente soportan una migración más lejana, uno hacia Adra, en la provincia de Almería, el otro hacia Vélez-Málaga.

Se observará sin embargo —tendencia significativa— que 3 manadas no participan en la trashuman-
cia invernal y permanecen en la vega.

De hecho, el «descenso hacia la costa» no es más general ni sistemático. Incluso en los más altos municipios, en Capileira, en Bérchules, en Trevélez, la trashuman-
cia inversa está para muchos ganaderos regulada por el mayor o menor rigor del invierno: si el tiempo lo permite, el espacio disponible en la vega evita recurrir a costosos desplazamientos. La tendencia es más sensible aún en los pueblos de menor altitud: en Pítres, la mayoría de los rebaños renuncian de ahora en adelante a la trashuman-
cia invernal. Acá y allá, se siente llegar el momento en que poco a poco los desplazamientos estacionales, reducidos en número y en distancia, hacia la montaña o hacia la costa, desaparecerán totalmente para concentrar a los rebaños en las vegas pueblerinas o en sus inmediaciones. El desvanecimiento progresivo de las tradiciones pastoriles subraya de hecho la amplitud de una depresión agrícola que abandona sus mejores tierras a una ganadería en vías de sedentarización.

Convertida en preponderante dentro de una economía campesina, esta nueva ganadería no ha conocido, sin embargo, en absoluto progresos técnicos muy sensibles. El marco exiguo de la explotación familiar no ha desembocado en absoluto en forzar la intensificación. La limitación de los desplazamientos, la coha-

bitación cada vez más habitual de la ganadería y de los cultivos en las mismas tierra y en el seno de las mismas explotaciones no ha suscitado en absoluto una real integración, una verdadera complementaridad de ambas actividades. Estas continúan yuxtapuestas. La ganadería permanece extensiva, escasamente menos mediocre que antaño.

Los rendimientos han mejorado poco. El doble corderaje sigue siendo excepcional o, en el mejor de los casos, no tiene lugar más que un año de cada dos. Este estancamiento es menos imputable, sin duda, a deficiencias en la selección que a insuficiencias en la alimentación. En efecto, la oveja local —la manchega cruzada de merino o de sevillana—, rústica y fuerte, constituye un ganado bien adaptado a la región. Por el contrario, la alimentación permanece esencialmente natural: pastos del monte y yermos terrenos baldíos de las vegas. La compra parsimoniosa de alimentos del ganado constituye la única novedad. Utilizada para la activación de los corderos y a veces para completar la alimentación de las ovejas madres, este recurso, aunque limitado, permite no obstante desplazar el período de partos hacia el corazón del invierno, en una época en que la insuficiencia de los pastos lo prohibía totalmente hasta ahora. El beneficio resulta notable puesto que permite la venta del cordero engordado durante la época invernal en que las cotizaciones son las más elevadas.

En otras partes, la producción apenas ha progresado. La venta de los corderos lechales entre dos y tres meses ha sustituido a la cría de animales tradicionalmente engordados hasta los seis o siete meses. Los precios así obtenidos son netamente superiores pero el rendimiento en carne relativamente más escaso: el cordero vivo no pesa más que 16 a 17 kilos, a pesar del recurso a alimentos comerciales. Los rendimientos en leche y la producción de queso permanecen mediocres y accesorios. En resumen, la ganadería ovina es hoy, en el marco de la pequeña explotación, tan extensiva como lo era antaño en el sistema de los grandes rebaños. Sus resultados son, a pesar de todo, muy superiores a los del cultivo y explican su importancia creciente. Aparece finalmente como un paliativo a la crisis agrícola, pero, por falta de renovación, no puede pretender constituir una verdadera solución.

Se observa bien el defecto del sistema actual: se contenta con amalgamar dos tipos de actividades, con beneficios mediores, cuya suma no conduce a ningún progreso decisivo. De esta forma, la pequeña explotación «mixta» parece tan seguramente condenada como lo han estado, por separado, la ganadería y la agricultura. La única vía de salvación para la pequeña empresa familiar es su orientación hacia una ganadería intensiva que sólo puede promover una «revolución forrajera» deliberada. Esta última es, por otra parte, posible sin grandes dificultades: la producción de yerba podría reemplazar a cosechas tradicionales de mediocres beneficios o extenderse sobre los terrenos incultos tan numerosos de las vegas, ofreciéndoles el medio de aligerar notablemente los trabajos del agricultor, que renunciaría así a los pesados trabajos del cultivo hortícola. La tendencia ya sensible a renunciar a las largas trashumancias ofrece, cada vez más, una transición orientada hacia una ganadería que se sedentarizaría sobre los cultivos forrajeros de las vegas. Estos últimos no son, por otra parte, totalmente desconocidos. La mezcla de alfalfa—veza— cebada llamada «alcárcel» es sembrada a veces; a muy pequeña escala, en beneficio de algunos animales domésticos: produce tres o cuatro cortes anuales de buena calidad.

Pues bien, paradójicamente, nadie parece tomar conciencia de las ventajas y de la necesidad de una «revolución forrajera». Sin duda, este curioso comportamiento resulta fruto de la mentalidad ligada al estatuto de los nuevos ganaderos. Para los usos, campesinos de tradición, la renuncia a los cultivos «ricos» de la vega no es apenas concebible: una orientación forrajera sería sentida como un retroceso técnico. Para los otros, antiguos pastores, la ganadería no puede ser sino pastoril... De hecho, se tocan aquí razones esenciales que perpetúan la crisis y hacen, sin duda, ilusoria toda renovación: el peso formidable de la rutina, la rareza de las iniciativas son pruebas de un empobrecimiento continuo del potencial humano, envejecido y resignado, en el fondo, a la degradación progresiva de la economía de montaña.

2. Sin embargo, si bien el sistema tradicional parece definitivamente condenado, *la situación no resulta en absoluto tan desesperada* como en la Serranía de Ronda. Los hombres quedan aquí más disponibles, menos alejados de las actividades locales por las migraciones temporales sistemáticas. El marco agrario ofrece

también mejores posibilidades: tierras regadas, pastos mejor surtidos... Tampoco la renuncia es tan absoluta como en la Serranía: según los lugares, tímidas tentativas de esfuerzos se hacen hoy por abrir nuevas perspectivas a la economía de montaña. Signos discretos, pero estimulantes de los cuales queda por calcular sus oportunidades de éxito.

a) *La aparición de nuevos tipos de ganadería* es sin duda el fenómeno capital cuyo éxito condiciona el porvenir regional.

La ganadería bovina, por la amplitud que ha adquirido ya en ciertos pueblos, en Trevélez y Bérchules sobre todo, debe situarse en el primer rango entre las tentativas de transformación de la economía de montaña. Reducida otras veces al mantenimiento de algunos animales de trabajo, tiende en algunos municipios elevados a suplantarlo a los ovinos tanto como a la agricultura de vega: en Trevélez como en Bérchules, donde la cabaña sobrepasa el millar de cabezas, representa ya una verdadera ruptura con la tradición. En realidad, si bien la voluntad de cambio es muy loable, permanece no obstante limitada: los resultados actuales dejan mal augurar el éxito de la empresa. La experiencia peca también, en efecto, tanto por su marco económico como por su concepción técnica. Ella parece, tal cual, gravemente inadaptada a los medios del ambiente local.

Se define de entrada por las dimensiones harto reducidas de los rebaños, en el contexto de la pequeña explotación familiar. La inmensa mayoría de ellos cuenta con menos de 10 cabezas, 5 a 6 solamente en los casos más frecuentes. Son muy raros los «grandes» ganaderos que disponen de más de 20 cabezas de ganado. Se debe constatar aun que en esta eventualidad, el ganado es —en todo o en parte— manejado en régimen de aparcería: salvo la fracción de ganado suministrada al principio por el propietario, que permanece enteramente en su posesión, el resto del ganado producido de una expansión igualmente compartida entre las partes es, de hecho, la suma de dos rebaños diferentes. Los medios limitados de que disponen estos pequeños campesinos-ganaderos les impiden constituir una ganadería de envergadura suficiente, que presupondría de entrada grandes inversiones.

No obstante, los peligros más graves afectan sobre todo a los valles y las cuencas, más densamente ocupados. Los estragos

causados por las inundaciones son tristemente célebres, arruinando en algunas horas terrenos enteros enterrados bajo los escombros, provocando cambios de lechos en las llanuras y en los deltas, comportando también la muerte de decenas de víctimas. Los excesos de la rambla de Albuñol se repiten así regularmente: el 30 de septiembre de 1969, lluvias torrenciales caídas sobre la Contraviesa (80 mm en 30 minutos) provocaron la crecida repentina cuyo frente, de una altura de 20 metros, arruinó todo a su paso; menos de cinco años más tarde, el 19 de octubre de 1973, verdaderas trombas de agua devastaron la Rábita, en la desembocadura del río, destrozaron los cultivos y mataron a más de 30 personas, mientras la ruta costera quedó cubierta, a lo largo de varios kilómetros, por los desprendimientos de tierra.

Los ríos más grandes, con su curso inferior elevado sin cesar por un aluvión superexcitado, tienden a dominar rápidamente el nivel de la llanura. Se desbordan entonces, inundando las vegas vecinas, y destrozando las tierras más expuestas: los excesos del Guadalmedina, cuya crecida de 1907 está todavía en la mente de los que la vivieron, son temidos en Málaga; las destrucciones repetidas del Guadalfeo en la llanura de Motril fueron asesinas a lo largo del pasado siglo y las del Río Adra, en 1910, arruinaron a un gran número de agricultores.

Estas pequeñas ganaderías son, además, muy poco productivas. Mientras parece que deberían imponerse métodos intensivos que aspirasen por sus altos rendimientos a compensar la insuficiencia de su dimensión, son, por el contrario, las técnicas más extensivas, de una especie de «ranching» a escala microfundista, las que prevalecen uniformemente. De hecho, la ganadería bovina se inspira exactamente en el sistema pastoril en vigor hasta ahora para los ovinos. El rebaño de vacas —las rubias indígenas, extraordinariamente rústicas por fortuna— ha sustituido simplemente al rebaño de corderos. Se ven aún, a veces, ovinos y bovinos, mezclados en la misma ganadería, sufrir las mismas peregrinaciones y utilizar los mismos pastos áridos. La fórmula habitual —la que prevalece en Trevélez notablemente— reposa únicamente en la utilización de los terrenos de tránsito. Ignora la estabulación y se encuentra por consiguiente regida por las leyes de una doble trashumancia estacional idéntica a la

que practicaban los ovinos. El verano es el período de subida a los pastos, pastos privados del estadio inferior primeramente, pastos comunales de elevada altitud después. El invierno obliga a desplazamientos muy largos, al no ofrecer las regiones bajas de la vecindad ninguna posibilidad para el apacentamiento del ganado mayor: los rebaños son conducidos, al término de una marcha agotadora de tres semanas, a las tierras de tránsito de la Sierra Morena, ¡a más de 100 Km, al norte de las provincias de Jaén o Córdoba! El paso de los pastos estivales a los lejanos pastos de invierno se hace directamente, sin tregua notable en el pueblo: la parada no dura más que el tiempo necesario para la instalación de las jóvenes crías incapaces de resistir a las fatigas de la trashumancia.

Se imaginan fácilmente los inconvenientes de tal fórmula. Al enorme desgaste de energía infligido al ganado, cuyo peso se hunde literalmente en el curso de los desplazamientos, se añade sobre todo la notoria deficiencia de una alimentación natural de mediocre calidad. Los pastos herbáceos de altitud no son en realidad sino pastos pobres para las ovejas, erizados de aulagas, muy pobres en vegetales nutritivos. Los pastos de la Sierra Morena no son mucho mejores, degradados por la carga exagerada que impone la preocupación excesivamente ahorrativa de los arrendatarios. Tampoco los resultados son mucho más satisfactorios: el aumento de la cabaña es lento, el rendimiento en carne muy escaso. Los becerros vendidos a finales del verano pesan apenas 400 Kg en vivo a la edad de 18 meses. Los más flacos son conservados un año suplementario: precisan entonces cerca de tres años para alcanzar el peso límite de los 400 kilos. Las novillas, por su parte, son criadas sistemáticamente para asegurar la renovación del rebaño.

Algunas mejoras aparecen tímidamente en otras partes, en Bérchules especialmente, donde el ganadero ha permanecido más bien campesino, ligado al cultivo de las judías. Tales mejoras no son decisivas. La novedad se refiere esencialmente al abandono de la agotadora y costosa migración invernal hacia la Sierra Morena. Pero, con excepción de las fatigas así ahorradas, el ganado no gana apenas con esta estancia en el pueblo. La estabulación, en estos habitats exigüos donde nada estaba concebido con este fin, se realiza en condiciones lamentables. Los

animales son amontonados en reductos oscuros de donde salen únicamente para pacer los eriales o la hierba rasa de los bordes de los caminos. Constituye, de hecho, un largo período de subalimentación crónica donde, por falta de reservas forrajeras, el heno aparece como un alimento raro reservado sólo a algunas crías. La alimentación de complemento se reduce en realidad a algunos subproductos de los cultivos: algo de paja o las ramas secas de las judías.

En estas condiciones, los ensayos de mejora del ganado están abocados a pobres resultados. El cruzamiento de la «rubia» local con la «parda de los Alpes» permite obtener una mejor conformación de los animales, sin que aumente sensiblemente su rapidez de crecimiento ni su rendimiento en carne. Por falta de alimentación suficiente, los reproductores importados de Suiza resisten difícilmente al régimen sufrido por las razas indígenas: pierden en un año la mitad de su peso inicial, haciendo dudar de lo bien fundada de su costosa adquisición...

Basada en los pobres pastos naturales, concebida en el marco de explotaciones demasiado pequeñas que son incapaces de sostener convenientemente, la ganadería bovina pastoril se revela en definitiva totalmente inadaptada a las comarcas y a los hombres de la Alpujarra. Símbolo de una indiscutible voluntad de cambio, se revela incapaz, en el fondo, de adoptar los medios adecuados a su ambición: no demuestra ningún progreso en relación con el sistema ovino tradicional y se revela además harto menos adecuada a las condiciones naturales y sociales del medio local. El hecho de que se desarrolle sobre todo hoy en día en los pueblos caracterizados como los únicos focos importantes de emigración temporal no es una coincidencia: expresa a la vez el rechazo del abandono definitivo, la preocupación por una transformación fructífera y la insuficiencia de una «solución bovina», que obliga a recurrir al complemento sistemático de los recursos exteriores.

La *ganadería porcina intensiva*, con frecuencia evocada como una de las soluciones más susceptibles de salvar a la pequeña sociedad de montaña, experimenta, de hecho, las mismas dificultades. Su desarrollo dispondría sin embargo de atractivos no despreciables: la reputación del jamón de la Alpujarra llamado «de Trevélez» que hace de él una especie de producto de lujo a

precios muy elevados. Hasta ahora su producción permanece modesta y proviene únicamente de los excedentes de la pequeña ganadería doméstica concebida principalmente para su autoconsumo.

La aspiración de los servicios oficiales —Extensión Agraria, principalmente— sería promover una ganadería especializada sólidamente sostenida por una red de mataderos y de pequeñas industrias de charcutería, de los que el centro principal se encontraría en Trevélez. El marco de la microexplotación familiar supondría una fórmula fuertemente intensiva de tipo «industrial», donde la alimentación del ganado estaría proporcionada por los productos del cultivo y sobre todo por las compras de alimentos del comercio. La creación y el buen funcionamiento de tal ganadería «sin suelo» suscita sin embargo problemas importantes.

El problema es financiero, de entrada. Se trata, de partida, de costear la construcción de cochiqueras modernas y la adquisición del ganado inicial. Las subvenciones y préstamos de los organismos oficiales se revelan harto insuficientes para la mayoría de los explotantes. Un complemento puede ser encontrado gracias a la emigración estacional o temporal que representa un recurso ya frecuente. De hecho, la solución más inmediata, actualmente practicada por ciertos ganaderos, comporta riesgos considerables para el porvenir de la explotación campesina. Consiste en recurrir a la financiación por parte de los industriales de la alimentación del ganado o de los comerciantes de productos charcuteros que imponen, como contrapartida, su control sobre la ganadería y se aseguran el monopolio del aprovisionamiento de alimentos fabricados o el de la venta de los animales engordados. El explotante se vuelve a encontrar entonces en una situación de entera dependencia, donde pierde lo mejor de los beneficios de su trabajo y que le reduce a veces al rango de un simple gerente o más bien de un obrero agrícola de las «casas» comerciales o industriales. Son ya numerosos los casos en que el negociante proporciona los lechoncillos que viene en seguida a «recolectar» al término del engorde: el ganadero no está más que modestamente interesado en los beneficios y obtiene el equivalente de un mediocre salario. Se encuentra de hecho reducido a la función de peón en su propia explotación.

No hay otra solución, en definitiva, para estos microfundistas desprovistos de capitales, desarmados frente a las presiones del negocio o de la industria, que la de la asociación. Esta última se impone como un determinante previo a nivel de compra de los productos alimentarios, así como al de venta del ganado donde el control cooperativo de las industrias de charcutería aparece necesario. Tal vía es técnicamente posible y vivamente solicitada por los organismos oficiales dispuestos a obtener las ayudas financieras indispensables. Se enfrenta con la resistencia obstinada del campesinado, refractario a toda forma de asociación organizada.

El obstáculo que representan las mentalidades está, una vez más, en el origen de las principales dificultades. El rechazo de la cooperación no es más que un aspecto de ello. El apego a las prácticas pastoriles sigue siendo, en el caso de la ganadería porcina así como en el de los bovinos y de los ovinos, la causa fundamental de resistencia a un progreso decisivo. Ello explica el poco éxito obtenido hasta este día por las cochiqueras modernas, aisladas y frágiles.

b) *El turismo* cuyos principios se manifiestan tímidamente abre, finalmente, algunas perspectivas nuevas a la economía de montaña. ¿Puede él, en la hipótesis de éxito, representar la función no agrícola susceptible de relevar eficazmente las actividades agrarias desfallecientes?

Las realizaciones actuales son todavía muy discretas. De hecho, sólo el municipio de Capileira se beneficia de un pequeño desarrollo turístico. Desde los años 1970, una pequeña clientela familiar originaria de la región anima durante dos meses del verano los dos hoteles recientemente establecidos en el pueblo. Unas 60 habitaciones son así ocupadas, a las que es preciso añadir los alquileres de los pisos amueblados, una quincena, que se benefician de préstamos de acondicionamiento según un sistema comparable al de los *gites ruraux* franceses. Estas «casas de labranza» aparecen también desde hace poco en los pueblos vecinos, en Bubión y Pampaneira, hasta delimitar un embrión de foco turístico que se extiende al conjunto del valle de Poqueira.

Al mismo tiempo, ha nacido una modesta función residencial alimentada por algunas familias británicas que viven en Capileira

la mayor parte del año. La iniciativa procede de la idea interesada de un arquitecto inglés de comprar a bajo precio algunas decenas de casas vaciadas por la emigración para acomodarlas y después venderlas a sus compatriotas.

Residentes extranjeros y veraneantes reunidos no constituyen hasta ahora una clientela suficiente para pesar sensiblemente sobre la economía pueblerina. El turismo no aporta sino modestas rentas de alquileres (4.000 ptas. al mes en 1973), suscita algunos empleos hoteleros durante dos meses y ayuda al mantenimiento de algunos pequeños comercios rurales. El éxodo rural que continúa azotando violentamente a la comarca revela la impotencia de una intervención turística demasiado modesta.

Los proyectos, por el contrario, son ambiciosos, afectando al conjunto de los municipios elevados de la Sierra Nevada occidental, la de más fácil acceso. Tienen en común el ser promovidos por sociedades extranjeras y ser concebidos a una escala grandiosa. La idea ha nacido de la euforia suscitada por el «boom» turístico español y el empuje formidable de la cercana Costa del Sol. Se trata de atraer a una clientela internacional numerosa que encontrará en la montaña agradables complementos a sus estancias en la costa: la nieve durante el invierno y una fresca reposante durante el verano. Existen ya planes de futuras estaciones de deportes de invierno en los flancos del Mulhacén: «Sierra Nevada-Sur» concebida por una sociedad escandinava, «Sierra Nevada-Sol» propuesta por una compañía holandesa que prevé incluso la instalación de un ferrocarril desde la costa y Salobreña. Ya se han emprendido los trabajos de construcción de grandes complejos residenciales a más baja altitud, en el nivel inferior de los pastos. En Cáñar, Pitres, Pórtugos, Capileira, varios centenares de hectáreas han sido adquiridos para edificar parcelaciones asociando hoteles, inmuebles colectivos y pabellones individuales.

¿Dejados provisionalmente dormir a causa de la recesión turística de los últimos años, verán el día estos grandes proyectos? Su concepción, tan estrechamente inspirada por el modelo de la Costa del Sol, no permite apenas esperar, en todo caso, consecuencias más beneficiosas para la región de acogida. Sin duda la Alpujarra occidental podría beneficiarse así de una oferta de trabajo considerable mientras duren los trabajos de

construcción: ¡se habla de 7.000 empleos necesarios para la puesta en marcha del proyecto «Sierra Nevada-Sol»! Pero, al igual que en la Costa del Sol, el empuje de la industria de la construcción no podrá ser sino efímero y puede temerse a continuación que la población local, desprovista de formación, se quede excluida en lo esencial de las actividades del funcionamiento turístico.

Masivo o limitado a una pequeña clientela familiar, el turismo no puede apenas constituir sino una fuente útil de rentas complementarias. Sería sin duda poco razonable esperar de él más que un complemento a las actividades rurales. El futuro de la Alta Alpujarra permenece pues ligado ante todo a la modernización de la economía agraria: sus oportunidades parecen gravemente comprometidas.

En definitiva, incluso si la gama de posibilidades parece indiscutiblemente más abierta en la Alpujarra, la situación de conjunto de la alta montaña no es apenas diferente en lo esencial de la Serranía de Ronda. En uno y otro caso, el abandono es hoy el elemento fundamental de la realidad agrícola. Únicamente varían los comportamientos: el campesino de la Serranía se ha resignado enteramente a la crisis, el de la Alpujarra intenta por el contrario resistirse a ella, no teniendo éxito más que en una lucha a ciegas, en forma desordenada. La divergencia de las tentativas de un pueblo y otro revela en el fondo el desarreglo de un campesinado impotente para concebir una solución eficaz a sus dificultades: los pueblos occidentales alimentan la ilusión de un «milagro» turístico, los de la Alpujarra central se orientan hacia la ganadería bovina, los del este, finalmente, por encima de Ugíjar, se abandonan a una ruina total donde ya ha desaparecido el cultivo y una actividad pastoril hasta entonces considerable (4).

(4) A propósito de la ruina económica de la Alpujarra Alta oriental se notarán las insuficiencias particulares que castigan a aquellas comarcas: Menos altura y sequía más acusada prohíben toda posibilidad de criar ganado bovino, mientras el aislamiento, tanto a partir de Almería como de Granada paraliza todo intento de especialización agrícola.

La ganadería ovina, fundamental antaño, se encuentra hoy en vía de abandono. La región de Ugíjar que criaba 30.000 ovejas (rebaños locales y trashumantes), no representa hoy sino dos manadas totalizando 300 ovejas, más 3.000 granshumantes procedentes de Almería.

II. LAS LADERAS Y LA CRISIS DE LOS MONOCULTIVOS VITICOLAS

Los sistemas especulativos de las laderas, no más que la fórmulas alimentarias de las montañas, tampoco se han salvado de la crisis. Las dificultades alcanzan tanto a los viejos viñedos de las tierras secas —la Axarquía, la Contraviesa— como a la más reciente viticultura regada del Andárax.

La crisis, no obstante, no parece aquí tan violenta como en la montaña. La despoblación desde hace 20 años es notable, del orden del 10 al 25%, sin alcanzar la intensidad que vacía a las regiones montañosas. Ella no es, por otra parte, muy sensible sino a partir de los años 1960. Sin embargo, desde entonces, el éxodo rural se amplifica, traduciendo la agravación del movimiento de abandono y la precipitación del declive agrícola.

Las razones iniciales de la ruptura son, de hecho, muy diferentes de las que han provocado la ruína de los sistemas alimentarios de montaña. La crisis, en las laderas, se revela siempre a través de *las dificultades comerciales*; ellas manifiesta primeramente la *decadencia de especulaciones envejecidas*. La depreciación de los productos del viñedo desequilibra cada vez más gravemente la vida rural de zonas enteras basadas en el monocultivo.

A partir de causas específicas, la crisis obedece entonces a la misma lógica que en la montaña y evoluciona hacia un desenlace idéntico. Como los sistemas alimentarios de altitud, los monocultivos de las laderas son irremplazables y están condenados a morir por las mismas deficiencias sin remedio:

— La pobreza natural, la de los suelos sobre todo, impone límites rigurosos a una mejora del sistema. En verdad, prohíbe prácticamente toda sustitución de cultivos y condena a la región a la viña o a producciones de menos interés.

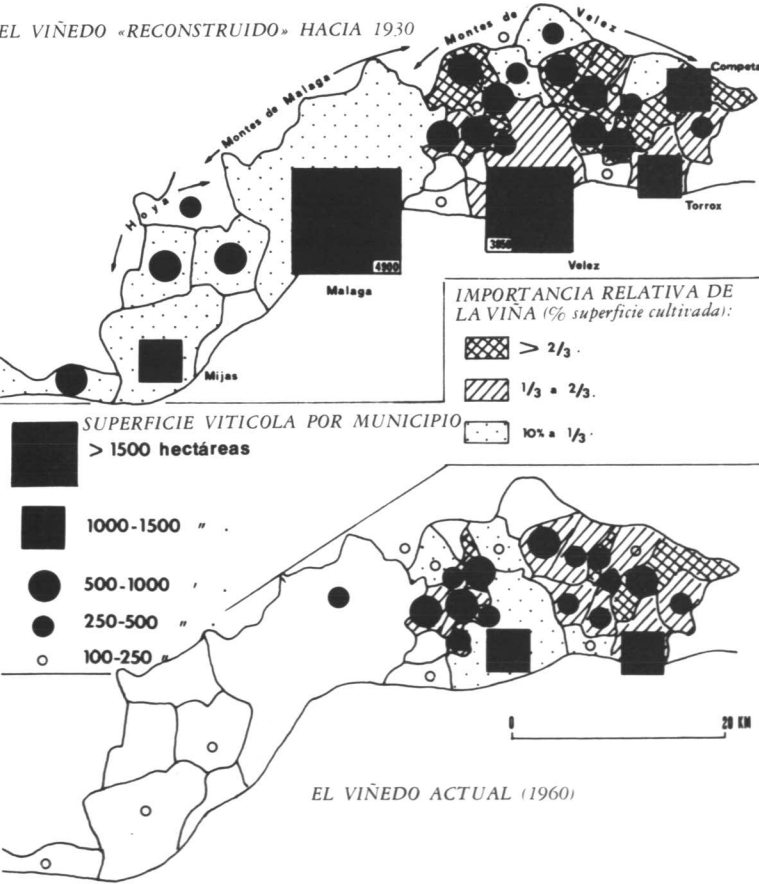
— La pobreza social, la de un campesinado microfundista, añade un segundo inconveniente, no menos insuperable, que hace más sensibles todavía las dificultades, y más manifiesta la impotencia.

A) LA DECADENCIA DEL VIÑEDO DE MÁLAGA

En realidad, la decadencia es antigua. Desde la filoxera, el gran viñedo de Málaga ha perdido definitivamente su lustre de antaño y renunciado a la prosperidad (ver primera parte,

capítulo IV). La reconstrucción muy incompleta se reduce a un cuarto de las superficies anteriormente consagradas a la viña. Ella se acompaña de una modificación capital del asiento del viñedo que deja de lado poco a poco las partes occidentales de los Montes de Málaga para centrarse cada vez más exclusivamente en las laderas de Vélez (fig. 12). Este desplazamiento geográfico comporta una transformación esencial en la gama tradicional de las producciones: el vino, especulación sobre todo

FIG. 12. LA CONTRACCION RECIENTE DEL VIÑEDO DE MALAGA



reservada a los Montes, no juega sino un papel accesorio, la uva pasa, vieja especialidad de la región de Vélez, se impone por el contrario como la única producción importante. Estos cambios no llevan si embargo a una renovación decisiva: la economía vitícola permanece languideciente.

1. El malestar, latente desde principios del siglo, se transforma hoy en crisis abierta

- a) *Las dificultades se refieren primeramente a los azares del comercio de exportación, principal exutorio de la producción de «pasas».*

A lo largo de la primera mitad del siglo, los mercados exteriores no cesan de reducirse y, desde antes de 1950 la situación se ve ya gravemente comprometida. Los accidentes de la historia —Primera Guerra Mundial, Gran Crisis de 1929, Guerra Civil— son de hecho otros tantos pretextos para que los clientes más tradicionales se alejen del viñedo de Málaga. Los compradores más fieles de la Europa del noroeste —Inglaterra en primer lugar— dirigen sus preferencias a la uva de Corinto y a las sultaninas de Esmirna. Grecia y Turquía aumentan masivamente su producción hasta competir victoriosamente con los productos de Málaga: la Gran Bretaña, principal consumidora de uvas pasas, no se abastece ya más en Andalucía, sino en un 8% de sus necesidades en 1934, en tanto que adquiriría aquí más del tercio de sus importaciones en 1913. El cierre progresivo de los mercados americanos, al mismo tiempo, no es menos decisivo. El desarrollo del viñedo californiano suplanta poco a poco a la uva malagueña, no solamente en los Estados Unidos, sino bien pronto también en América Latina. El cese brutal de las importaciones americanas en 1931 consagra bajo la excusa circunstancial de la Gran Crisis, una larga degradación: el viñedo de Málaga ha perdido sus salidas al

otro lado del Atlántico y sus mejores clientes europeos. Estancada después de la filoxera, la producción se desfonda; el viñedo se reduce y desaparece entonces de las zonas occidentales de la provincia (Hoya de Málaga, Mijas, Montes Occidentales) (5). La Guerra Civil culmina la crisis (fig. 12).

Los años de posguerra representan, no obstante, una recuperación sensible. Se replantan sobre todo entre 1950 y 1960 unas 4.500 hectáreas, hasta volver a recuperar una superficie vitícola idéntica a la de antes de la crisis. Las ayudas oficiales que financian entonces las nuevas plantaciones contribuyen notablemente a esta renovación. De hecho, a pesar de la recuperación de los intercambios internacionales, los mercados exteriores no se abren apenas. El viñedo de Málaga deberá de ahora en adelante resignarse a no exportar más que una parte relativamente modesta e irregular de su producción: ha cesado de ser un gran viñedo de exportación para replegarse sobre un mercado nacional de menor interés.

Tal es la situación actual.

Las expediciones hacia el extranjero no representan más que la mitad de las ventas más o menos: del 40 al 60% según los años. Las salidas tradicionales —América y Europa del noroeste— no han podido ser sino parcialmente reconquistadas, y son hoy en día los países de la Europa oriental los que tienden a afirmarse como sus mejores clientes. La URSS notablemente se impone desde hace algunos años en el primer rango de los compradores. El mercado socialista proporciona pues un relevo oportuno para la colocación de las pasas, privadas de lo mejor de su clientela occidental. La sustitución resulta, no obstante, muy imperfecta. Se observará primeramente que ella no permite

(5) Véase Foster, A.: La región de la pasa malagueña. *Estudios geográficos*, 1950, XI.

El autor nos enseña, por ejemplo, que en Fuengirola, donde se vendían anualmente 80.000 cajas de pasas, todas las viñas fueron arrancadas en aquel momento. Luego, en la posguerra, las nuevas plantaciones afectaron solamente a las zonas vecinas de Vélez.

absorber sino una fracción muy insuficiente de la producción. Pues bien, nada permite esperar un crecimiento espectacular de las compras por parte de países en donde el consumo de alimentos de lujo no es alentado apenas. Está claro igualmente que la nueva estructura del comercio exterior de las pasas sufre de una diversificación demasiado estrecha e impone una dependencia demasiado grande frente a un número reducido de compradores con una fidelidad aleatoria y cuyo interés actual no ha podido ser captado sino al precio de sacrificios consentidos sobre las cotizaciones de venta. La nueva orientación del negocio hacia el extranjero no es, pues, ni muy satisfactoria para el presente, ni muy prometedora para el provenir. La crisis de las exportaciones no está en absoluto conjurada.

El mercado interior juega pues, desde ahora, un papel considerable. Desde hace un cuarto de siglo su importancia no ha cesado de crecer con la elevación progresiva del nivel de vida nacional y los progresos de la urbanización. Feliz paliativo a la contracción de las compras exteriores, no constituye a pesar de todo sino un remedio insuficiente. Se le reprocha sobre todo el no permitir en absoluto una valorización de la uva equivalente a la que ofrecen las ventas exteriores: las posibilidades de absorción de productos de lujo permanecen aún siendo limitadas y, si bien España consume una buena parte de las pasas de primera elección, son sobre todo las uvas de calidad media las que encuentran en el interior su mejor salida. La capacidad del mercado interior permanece por otra parte modesta en este dominio, incomparablemente más débil que para la uva fresca. Es por ello que una parte importante de la vendimia normalmente destinada al secado es, de hecho, vendida bajo la forma de uva fresca: esta última puede representar hasta la mitad de la cosecha total, en los años en que la exportación se anuncia difícil. Se mide bien con este fenómeno la significación del mercado nacional: éste interviene sobre todo como un elemento compensador de los desfallecimientos del comercio exterior, extendiéndose o reduciéndose en función de las tendencias coyunturales de la exportación, orientando al mismo tiempo la naturaleza de la producción, fresca o pasificada en cantidades variables según los años. Normalmente reducido al papel de «volante de seguridad» en períodos difíciles, de salida comple-

mentaria a las ventas extranjeras en tiempos normales, el mercado interior no se ha transformado en un recurso esencial y permanente sino en razón a la carencia crónica de los compradores internacionales. El no ofrece de hecho soluciones satisfactoria a la crisis comercial que sufre la economía de las pasas. El problema sigue siendo el de una «subvalorización» de los productos del viñedo, directamente ligada a la degradación de las ventas en el extranjero.

La impotencia notoria de la viticultura malagueña para reconquistar una clientela exterior suficiente es pues la causa más aparente de sus dificultades. Ella resulta tanto, de la inadaptación de la producción al gusto de los consumidores —británicos principalmente— como de la falta de dinamismo de los exportadores regionales.

El apego a la moscatel —uva con pepitas— contribuye desde hace ya mucho tiempo a colocar a la pasa de Málaga en posición de inferioridad en los mercados extranjeros: poco a poco depreciada, ella juega desde ahora un papel de especulación pasada de moda. La rutina o la falta de clarividencia de los viticultores son sin duda responsables. En realidad, la dependencia total del productor frente al comerciante, dueño absoluto de las cotizaciones y de la información, obliga a hacer caer sobre el negocio la mayor parte de las responsabilidades. No puede dejar de sorprender el inmovilismo de los exportadores, su desinterés aparente por mejorar una situación difícil: la ausencia de tentativas serias para modificar la producción hacia formas más competitivas y la mediocridad de los esfuerzos de prospección de los mercados aparecen como las carencias más manifiestas de una política comercial de abandono. Las razones que explican esta actitud sorprendente de renuncia están de hecho estrechamente ligadas a la estructura propia del negocio.

La mediocre envergadura de las casas de exportación, considerablemente debilitadas después de la filoxera, explica por una parte la ineficacia de sus intervenciones en los grandes mercados internacionales. La crisis comercial sería debida a la impotencia de un negocio demasiado desmenuzado, demasiado débil para resistir al acceso de concurrentes más sólidos y mejor organizados. Es esta, con seguridad, una razón decisiva de las dificultades persistentes que encuentran los productos malagueños en los

mercados extranjeros. Sin embargo, ella no comprende la curiosa renuncia de los comerciantes locales, su resignación tranquila ante una situación ya antigua aceptada sin reacciones.

El inmovilismo del negocio responde, en definitiva, a la naturaleza de las relaciones tradicionales, incambiadas, entre productores y comerciantes. Demasiado débiles cara a sus concurrentes, los negociantes regionales son, por el contrario, todopoderosos frente a los pequeños viticultores para quienes representan el único medio de dar salida a su cosecha. Establecen asimismo los precios a su conveniencia y se las arreglan con buenos beneficios, independientemente de la coyuntura comercial. De hecho, los negociantes hacen cargar al productor la totalidad de los riesgos del mercado y le hacen sufrir el costo integral de la depreciación de las ventas. Aún más la insuficiencia de las salidas les permite jugar con una atmósfera de superproducción, entreteniéndolo el espectro de la mala venta que desanima toda veleidad de protesta por parte de los productores. Posición fácil y fructífera que no incita de ninguna forma a buscar una mejora hipotética del sistema de exportación y que hace inútil toda tentativa de cambio. La ausencia de solidaridad entre vinateros y comerciantes y la subordinación demasiado absoluta de los primeros a los segundos representa en definitiva la razón profunda de una crisis comercial donde el negocio ha podido durante mucho tiempo satisfacerse sin riesgos. Para perpetuarse, tal sistema debe, no obstante, asegurar una remuneración mínima al productor, permitirle vivir de su explotación. La agravación reciente de la crisis no ofrece sino difícilmente los medios de satisfacer a esta condición elemental y pone de ahora en adelante en peligro la existencia misma del pequeño viticultor. Privado de suministros, el negocio, víctima de la imprevisión de su política egoísta, corre el riesgo, a largo plazo, de verse embarcado en la ruina de la economía vitícola.

El envilecimiento relativo de las cotizaciones a la producción es el resultado lógico del mecanismo que acaba de ser descrito. Tras un largo período de estancamiento en que el alza del precio de la uva compensa bien que mal el aumento modesto del costo de la vida y de los salarios, la situación se degrada bruscamente a partir de los años 1960: las cotizaciones de la pasa se elevan muy lentamente y después se estabilizan, en momentos en que el

desarrollo económico nacional provoca una inflación creciente. El cuadro que figura a continuación compara el ritmo de depreciación de la moneda y la evolución de las cotizaciones de la uva pasa. Subraya claramente el hundimiento catastrófico de las remuneraciones del viticultor.

<i>Base 100 en 1960</i>	<i>Indice de depreciación de la peseta (fuente: INE)</i>	<i>Indice de evolución de los precios a la producción de la uva pasa</i>	
1960	100	100	(200)
1966	168	140	(280)
1972	225	175	(350)
1974	307	150	(300)

(Las cifras entre paréntesis indican el precio medio real de la caja de 10 kilos de uvas pasas de primera calidad.)

En quince años, la pasa ha perdido alrededor de la mitad de su valor. Se pueden medir las consecuencias dramáticas de tal fenómeno en un sistema condenado al monocultivo: la vid se ve literalmente conducida a la ruína por la degradación precipitada de las condiciones comerciales.

b) La crisis comercial es, con seguridad, el motor inmediato de la crisis vitícola. Pero no es, en realidad, su razón profunda. El hundimiento de los precios no hace sino precipitar una evolución imparable, revela con brutalidad *las taras fundamentales de un sistema de laderas inadaptable* a las condiciones de la economía moderna y amplifica la imagen de sus deficiencias internas. Son estas últimas las que condenan al viñedo, independientemente de la coyuntura comercial. Volvemos a encontrar, de hecho, el modelo característico que rige en todas partes la evolución irreversible del pequeño cultivo de vertientes.

El microfundio aparece primeramente como uno de los términos determinantes de la crisis. La tenencia vitícola no supera las 5 hectáreas en el 90% de los casos y no da cuenta sino de una muy modesta producción. Sólo una buena valorización de la uva le permitía alcanzar un equilibrio económico frágil. La reducción considerable de los precios de la pasa no asegura ya, a nivel de explotación, sino ingresos irrisorios incapaces de satisfacer a las necesidades de la familia y cubrir los gastos del

cultivo. Las dificultades comerciales ponen cruelmente en evidencia la insuficiencia de las estructuras sociales. Estas últimas, sin embargo, no hacen sino agravar los efectos de la crisis, volviéndola aún más insoportable aunque sin constituir su verdadera causa.

El sistema de producción entraña en sí mismo su propia condena, viéndose paralizado en sus marcos tradicionales, totalmente ineficaces hoy en día.

La viticultura malagueña es demasiado poco intensiva. El rendimiento medio no excede apenas de los 12 quintales de uva fresca por ha o sea 400 kilos de pasas. La debilidad de los resultados no es, sin embargo, imputable a los métodos de cultivo: los cuidados son asegurados correctamente, los tratamientos y la fertilización parecen suficientes, la viña plantada o rejuvenecida tras la recuperación de los años 1950 no sufre sino excepcionalmente de vejez. La producción por cepa —del orden de 500 gramos como media— se revela, por otra parte, muy honorable. En definitiva, la mediocridad de los rendimientos resulta sobre todo de la escasa densidad de las plantaciones que impone la sequía y la pobreza del suelo. El obstáculo resulta insuperable: las deficiencias naturales no estimulan la intensificación.

La viticultura de las laderas es sobre todo, *demasiado poco productiva*. Integralmente manual, requiere gastos considerables de trabajo, unos 140 días/ha, estrechamente concentrados, por otra parte, en dos períodos punta a los que separan largos meses de actividad reducida. La cava con azada y con laya representa alrededor de 55 jornadas de trabajo; la vendimia, el secado, la clasificación y el embalaje —operaciones esencialmente femeninas— movilizan unos 60 días/ha. Este trabajo desmesurado se ve, por lo tanto, muy mal remunerado por unos rendimientos modestos. Demasiado irregularmente repartido a lo largo del tiempo, él se adapta mal a la mano de obra familiar, subempleada una parte del año pero insuficiente en los momentos de sobrecarga, siempre que la explotación supere 1 ó 2 ha. Pues bien, en estos pueblos que se vacían, la ayuda mutua se revela cada vez más difícil. El recurso a la mano de obra asalariada se impone desde ahora más imperativamente aún que antaño: una explotación de 5 ha debe hoy apelar al recurso de los obreros

agrícolas, a razón de 80 a 100 jornadas por año, repartidas a partes iguales entre los hombres para la vendimia, y las mujeres para la clasificación-embalaje (las pasas son clasificadas en 8 categorías de calidades diferentes). Tal situación se torna insostenible mientras que, frente al envejecimiento de los precios a la producción, el nivel de los salarios ha conocido un alza muy rápida que, en el curso del último quinquenio se traduce por la duplicación o la triplicación del coste de la mano de obra (6). Pues bien, por falta de posibilidades de mecanización, los gastos de trabajo son incomprensibles en el sistema actual: las locas pendientes del viñedo prohíben el empleo de máquinas, de la misma manera que la gran gama de categorías, de la uva y la necesidad del secado en racimos hacen ilusoria la utilización de aparatos mecánicos. En definitiva, el sistema está rigurosamente «bloqueado» en su estado técnico actual, del que la depreciación comercial reciente hace manifiestas sus insuficiencias fundamentales: una intensidad mediocre y una productividad irrisoria que no aportan más que resultados miserables.

Los balances económicos establecidos desde hace una decena de años traducen la degradación rápida de las rentas reales del viticultor y su insigne mediocridad actual: en pesetas corrientes, el beneficio anual de una ha de viña se establece, como media, alrededor de 6.000 pts. en 1966, de 4.000 en 1972, de \pm 2.200 en 1974 (7). Pues bien, se trata aquí de cálculos que utilizan

(6) El sueldo masculino para la vendimia pasó de 125 a 300-350 pesetas diarias, entre 1966 y 1972. Durante el mismo tiempo, el sueldo femenino se incrementó de 10 a 20 pesetas por caja (clasificación; embalaje).

(7) Balance económico para 1 ha de viña para pasas e la Axarquía (1974):

<i>Rendimiento uva fresca kg</i>	<i>Rendimiento pasas (caja) de 10 kg)</i>	<i>Precio medio por caja ptas.</i>	<i>Renta bruta ptas.</i>	<i>Gastos de producción ptas.</i>	<i>Beneficios ptas.</i>
(A) 1.300	43,3	180	7.800	10.000	- 2.200
B) 1.200	40	300	12.000	10.000	+ 2.200

(A) Cálculo efectuado por el Consejo económico-sindical de la provincia de Málaga-zona Este para una viña deteriorada, no produciendo más que pasas de mala calidad, poco remuneradas.

(B) Cálculo efectuado a partir de numerosas observaciones. Traduce una realidad más frecuente

únicamente la cuantía de los gastos efectivos y que no contabiliza el trabajo del viticultor ni los gastos generales tales como la amortización de la viña, los impuestos, etc. La conclusión es evidente. La economía de la uva pasa no solamente a situarse fuera de todo concepto de rentabilidad sino que ni siquiera es susceptible de asumir el mantenimiento de las familias campesinas.

2. A través del viñedo, es la agricultura de las laderas la que está finalmente condenada

La viña era de hecho el mejor, incluso el único, medio de utilizar estos vertientes pelados, estos suelos secos y flacos de una gran pobreza. La extrema mediocridad de las condiciones naturales prohíbe toda posibilidad de sustitución cultural que permitiría remediar las causas de la crisis actual. Las vías de la racionalización del trabajo como la de la intensificación están igualmente cerradas. La economía de las laderas se encuentra hoy en un callejón sin salida.

a) *La reorientación de la producción vitícola* podría aparecer como una de las raras salidas a la crisis actual. Conservando la viña ella ofrecería dos ventajas considerables: el mantenimiento del cultivo mejor adaptado sin duda al medio físico y al saber hacer de los campesinos y la ausencia de los trastornos costosos que comportaría una transformación más radical.

El problema parece simple: se trata de renunciar a la pasificación de la uva que eleva demesuradamente los costes de mano de obra, en beneficio de una especulación —vino o uva fresca— capaz de aportar una remuneración suficiente a las pequeñas explotaciones. Se apuesta de esta manera sobre una baja sensible de los gastos de producción, al mismo tiempo que sobre una mejor valorización del producto.

La producción de uva fresca permitiría reducir los costes al mínimo. La desaparición de la pasificación podría por sí sola disminuir en aproximadamente la mitad los gastos de mano de obra; las cargas de vinificación que impondría la segunda solución están ellas mismas excluidas. Por el contrario, las dificultades comerciales son importantes y sin duda difícilmente superables, como lo sugieren las experiencias ya intentadas en este sentido.

La venta de uva fresca es, en efecto, practicada actualmente por un buen número de viticultores, sobre todo por los de vertientes de baja altitud (Algarrobo, Benamargosa, etc.). Los límites de tal fórmula aparecen muy pronto: las explotaciones que producen uva fresca no pueden nunca liberarse completamente de las ventas de pasas. Sólo los racimos más precozmente madurados, desde finales de julio, son comercializados en fresco. La razón de ello es simple: desde principios de agosto, las aportaciones que llegan de la mayor parte de las grandes regiones vitícolas atascan los mercados y provocan una baja espectacular de los precios. Desde entonces, el viticultor tiene interés en orientarse hacia el secado, al asegurarle la pasa, a pesar de todo, una mejor remuneración. Por otra parte, incluso en julio, la colocación de la uva en fresco no está exenta de riesgos cuya realidad se hace cada vez más evidente: la especialización creciente de los grandes viñedos hacia una producción de primor, adaptada a los gustos de la clientela, provoca una concurrencia cada vez más dura y una baja progresiva de las cotizaciones: tras un período de aumento regular, el precio a la producción de moscatel Málaga el precio sufre desde 1970 una caída espectacular.

Es preciso admitir, por consiguiente, la necesidad de un reemplazamiento integral del viñedo actual por cepas más precoces. Técnicamente varias variedades están disponibles, de la que la más interesante parece ser la «Cardinal», ya cultivada en la región de Estepona. Su maduración notablemente precoz permite producir desde finales de junio, es decir, tres semanas o un mes antes que las vendimias normales. Su rendimiento, finalmente, es sensiblemente superior al de la moscatel.

La realización de tal proyecto de encepado parece, por el contrario, difícilmente practicable. En esta comarca exagüe, donde la mayoría de los viticultores están condenados al fracaso, el coste de las plantaciones (estimado en 10 ó 15 l pesetas/ha.) supone inversiones insoportables. La necesidad de esperar varios años a la entrada en producción de las nuevas viñas suscita igualmente un problema imposible de resolver por un campesinado totalmente desprovisto de reservas monetarias. De hecho, las plantaciones de nuevas viñas para uva fresca son extremadamente raras: ellas se dan sobre todo, entre agricultores que se

benefician de notables recursos exteriores o que disponen principalmente de huertos en los valles bajos. El corazón de las laderas y del viñedo no está afectado y sin duda no lo estará nunca.

La vinificación no ofrece mejores perspectivas. Ella promete, en relación con la fórmula actual, las mismas ventajas (reducción del trabajo) y se enfrenta, en definitiva, con los mismos obstáculos infranqueables que la producción de uva en fresco. El problema inicial es también el de la salida del vino.

La venta a las grandes bodegas de Málaga que, para la elaboración de los vinos de postre, se aprovisionan a precios baratos en las grandes bodegas de la Mancha, no parece abrir posibilidades interesantes. Los precios así obtenidos por los vinateros serían sin duda demasiado bajos para poder esperar rentabilizar sus pequeñas explotaciones.

La fabricación local de un vino dulce natural, el «Moscatel», podría, por el contrario, constituir una salida más beneficiosa. El consumo regional, y en especial el de las zonas turísticas, parece capaz de absorber fácilmente una producción cuyo volumen máximo permanecería modesto. Las dificultades se manifiestan entonces a dos niveles:

— La vinificación, primeramente, suscita serios problemas. En este viñedo donde la fabricación del vino no está dentro de la tradición, las instalaciones brillan por su ausencia tanto como las competencias técnicas. Un aprendizaje sería sin duda necesario. Sobre todo, la construcción de locales, y la compra del material supondría inversiones importantes.

— La organización de las ventas debe igualmente ser concebida de forma que se conserve por parte de los productores la mejor parte de los beneficios. Deben pues asegurarse ellos mismos la comercialización de su vino presentado en su forma más elaborada.

De hecho, sólo una fórmula cooperativa a escala municipal o plurimunicipal podría responder a estas exigencias y permite la financiación de las instalaciones y la constitución de una red de ventas. La experiencia ha sido ya intentada, a pequeña escala, por un puñado de vinateros de Cómpera: convenientemente presentado, el vino de Cómpera, vendido en el pueblo y en los comercios de la estación turística de Torre del Mar, procuraba

así rentas honorables. La tentativa, sin embargo, ha resultado corta; a pesar de sus resultados positivos, la cooperativa ha debido cerrar al cabo de algunos años por no haber conseguido la adhesión de nuevos viticultores y especialmente de los más jóvenes. Este fracaso resulta significativo del desánimo general del pequeño campesinado, mientras que ofrecía una solución relativamente económica en la medida en que no imponía el replazamiento de las viñas. Pero, en el fondo, la resignación es lógica: traduce la impotencia lúcida de la viticultura de las laderas por superar sus carencias fundamentales. De hecho, los mejores resultados obtenidos a partir de la vinificación o de la producción de uva fresca no aportan sino mejoras poco importantes, sin resolver los problemas esenciales de un sistema confrontado a limitaciones infranqueables.

— La de la extrema debilidad de los rendimientos que la mediocridad de los suelos no permite aumentar sensiblemente y que, en el marco del microfundio, no garantizan sino una producción muy insuficiente.

— La de las exigencias desmesuradas del trabajo manual en una comarca donde las pendientes vertiginosas se resisten a toda mecanización.

En definitiva, las laderas no pueden escapar ni a las técnicas tradicionales ni a la gama restringida de especulaciones arbustivas menos exigentes. Sin otra salida que el monocultivo vitícola, están destinadas, al abandono por su pobreza natural.

b) *Las posibilidades de sustitución cultural* son inexistentes fuera de la arboricultura seca más extensiva. Sólo el almendro, el más rústico de los frutales mediterráneos, es bienvenido en estas pendientes ingratas. Fructifica reclamando el mínimo de cuidados y proporciona una cosecha fácil a colocar en un mercado deficitario. Se desarrolla rápidamente desde hace algunos años.

Con todo, el almendro resulta incapaz de tomar eficazmente el relevo de la economía vitícola. Ciertamente menos costoso a obtener, su producción es igualmente inferior a la de la viña y demasiado modesta, en todo caso, para permitir vivir de él a las pequeñas explotaciones. Marca la evolución hacia fórmulas de menor intensidad, económicas en trabajo, financieramente justificables a nivel de grandes plantaciones, pero incompatibles con el microfundio. En definitiva, su éxito relativo no hace sino

traducir aquí una marcha de abandono: al liberar al campesino de las tareas más exigentes, el almendro le ofrece al medio de orientarse hacia otras actividades. La explotación se queda entonces reducida a una función de agricultura-recolección.

El progreso del cultivo del almendro es, por otra parte, desigual. Un cierto número de pueblos —los más elevados sobre todo, los más alejados de los empleos de las comarcas bajas— desprecian esta falsa solución: la viña entonces cede ante los terrenos yermos. Para ciertos responsables agrícolas desencantados, no hay otro porvenir que la repoblación de pinos.

3. El viñedo desde ahora está en abandono.

El retroceso de las actividades vitícolas se precipita con el paso de los años. Desprovista de interés económico, la viña es abandonada o, en el mejor de los casos, se queda reducida a una función marginal en el marco de explotaciones residuales. Para el viticultor privado de recursos suficientes, no hay, en efecto, sino dos soluciones posibles, que ambas, provocan una desafección más o menos completa por la viticultura:

— El abandono total consagrado por el éxodo definitivo. Resulta de aquí una contracción rápida del espacio cultivado que se ve progresivamente conquistado por el erial. El proceso resulta desigualmente avanzado según los lugares: triunfa frecuentemente en las márgenes de la región, en los municipios más bajos donde desaparecen las últimas viñas, permanece más discreto en el corazón de las laderas, donde el erial, sin embargo, se va volviendo más audaz progresivamente, hasta ganar terreno en los lugares inmediatos a los pueblos.

— El abandono parcial, que consiste en mantener en producción la viña al precio de los trabajos más indispensables, pero renunciando a las tareas más exigentes: cierto número de plantaciones no son ya limpiadas, viéndose invadidas por la hierba, algunas incluso no son sino irregularmente podadas. Cada año más numerosas, estas explotaciones residuales no ocupan más que accesoriamente a sus titulares, presionados por la necesidad de marcharse a obtener en otra parte los recursos necesarios para sostener la economía familiar. Explotaciones a tiempo parcial de

migrantes estacionales o pendulares, ellas caracterizan, finalmente, una viticultura asistida, sin realidad propia, una viticultura en suspenso.

Su supervivencia actual no depende, en el fondo, más que de la insuficiencia de las actividades de sustitución que la garantizan, a pesar de todo, una cierta función de seguro y, por falta de algo mejor, un alivio incierto. Se constata, en efecto, que cada vez que los recursos exteriores adquieren una regularidad y un volumen suficientes, la viña conoce entonces un abandono frecuentemente definitivo. También la situación del viñedo varía, sobre todo, desde ahora, en función de las posibilidades, muy desiguales según los sitios, de encontrarle actividades de sustitución. Es en consideración a este fenómeno decisivo como conviene trazar un balance de la viticultura actual marcada por contrastes locales cada vez más evidentes.

Los Montes de Málaga propiamente dichos, es decir la mitad occidental de la región pizarrosa que se extiende de la Sierra Almijara a la Hoya de Málaga, se encuentran hoy totalmente marginados. A lo largo de millares de ha. se observa hoy un paisaje de eriales o de pinares donde sólo algunos muretes en ruinas, algunos olivares olvidados bajo las coníferas, algunas cepas ennegrecidas recuerdan todavía su antigua vocación agrícola. Olías, Totalán, incluso Almojía y Casabermeja, convertidos en pueblos-dormitorios, no conservan más que algunas decenas de ha. de viña. El municipio de Málaga, que en 1930 poseía aún 4.500 ha. de viñedo, no cuenta ya más que con 107 en los años 60, finalmente abandonadas en el curso del decenio siguiente.

Los Montes de Vélez representan en efecto el último bastión vitícola, unas 10.000 ha de viña repartidas sobre una veintena de municipios. Es que, aquí, los pueblos están situados en el corazón mismo de las laderas y no disponen en general de otros terrenos que los de los grandes vertientes pizarrosos. Realmente, en estas condiciones, la resistencia del viñedo es una fatalidad a la cual no se puede escapar. De hecho, parece que el sistema alcanza ahora el límite de su resistencia.

No quedan hoy ya explotaciones realmente vivas. Sin excepción, ellas no subsisten ya desde hace una decena de años sino por el producto de recursos exteriores: raros empleos urbanos

que el modesto dinamismo de Vélez propone con parsimonia y que la lejanía hace difícilmente practicables con regularidad, trabajos episódicos en las vegas costeras, etc. El censo agrario de 1972 señala que, según los minicipios, del 70 al 90% de los jefes de explotación ocupan más de la mitad de su tiempo fuera de su propiedad. Pues bien, esta enumeración no puede tener en cuenta el papel decisivo de las migraciones estacionales lejanas sobre todo practicadas por los jóvenes: en realidad, ellas aportan, al precio de 3 ó 4 meses de trabajo, la mayor parte de la renta anual de cierto número de familias. En todos los casos, la viticultura no participa más que muy accesoriamente en la economía local. Esta existencia de hecho, mantenida por medio de artificios inciertos, no podría prolongarse si no estuviera sostenida por la esperanza de una mejora próxima que se revela cada vez más ilusoria. Cansados de esperar vanamente, los vicultores de hoy renuncian.

Desde hace algunos años, el declive se precipita a un ritmo que deja presagiar una ruina bien pronto completa. Los jóvenes parten definitivamente, cada vez en mayor número. La viña, mantenida bien que mal en producción hasta aquí, se ve ahora abandonada en territorios enteros. La evolución es extremadamente rápida. En 1972 hemos podido estimar cómo sigue el estado del viñado en tres municipios de la Sierra de Bentómiz (Salares, Sedella y Canillas de Albaida):

- El 30% de las viñas eran normalmente trabajadas.
- El 50% de las superficies estaban parcialmente abandonadas. Muchas de ellas no eran cavadas más que un año de cada dos.
- El 20% de las viñas, finalmente, retornaban a un erial definitivo.

De hecho, en el término de unos cinco años solamente —la desafección no se ha manifestado sensiblemente sino entre 1965 y 1970— los 3/4 del viñado ya estaban condenados a la desaparición.

En Cómpera, el pueblo próximo, de 1.200 ha. de viña, 300 ha. habían cesado de producir en 1971. Pues bien, muchas viñas todavía en producción no eran ya podadas en esta época sino de forma muy irregular y se encontraban condenadas a una degene-

ración rápida. Dos años más tarde se señalaba que más de 800 Ha. han sido abandonadas (8).

En el plazo de cerca de un siglo de existencia difícil, prolongado hasta los límites externos de su resistencia, el viñedo de Málaga acaba por morir, con el abandono brusco, precipitado, de sus últimos reductos.

B) LAS DIFICULTADES DEL VIÑEDO DE LA CONTRAVIESA (9)

En 700 hectáreas, el viñedo de la costa es después del ataque de la filoxera orientado hacia la producción de vino corriente, sobre todo destinado al mercado regional. La crisis, aquí, resulta más de las carencias irremediables de la producción que de problemas de comercialización.

La mediocridad de la producción procede de la naturaleza muy extensiva del sistema vitícola. La viña produce poco de un vino de calidad discutible. Los rendimientos, muy variables, permanecen bajos como regla general: una hectárea proporciona de 15 a 18 hl de vino solamente, una veintena como excepción.

Las técnicas culturales, integralmente manuales, permanecen sin embargo escasamente intensivas y pueden explicar la modestia de los resultados obtenidos. Los cuidados prodigados a la viña son en efecto rápidos, mucho más que en el sistema vitícola malagueño, unas 40 jornadas por ha. incluida la vendimia. El abono o el estiércol son distribuidos con extrema parsimonia: una estercoladura ligera cada cuatro años o, más frecuentemente, algunas decenas de kilos de abonos químicos por ha. Pero, en resumen, parece que el principal responsable de la escasez de rendimientos es el procedimiento de poda, muy severo, que no deja subsistir más que un muñón a ras de suelo y una corta rama portadora de 1 a 3 yemas.

En realidad, tales deficiencias técnicas no son sino aparentes y traducen más bien una prudente adaptación de los procedimientos culturales a los estrechos límites de una naturaleza excesivamente difícil. El abono masivamente extendido no re-

(8) Jiménez, A. M. Axarquía 1974: Competa en la encrucijada; *Jabega*, 1973, número 4.

(9) García Manrique, E. El viñedo en la costa alpujarreña, *Estudios geográficos*, 1973, núm. 132-133, págs. 501-538.

sulta de ningún efecto sobre un suelo seco y pobre, que no puede absorberlo. La poda muy baja constituye la mejor utilización de una tierra con flacas posibilidades nutritivas: menos severa, tal vez permitiría mejores rendimientos pero reduciría considerablemente la duración de la viña.

La edad avanzada del viñedo se añade aún a su mediocridad natural, en un medio donde el envejecimiento de las cepas es rápido. La rareza de las viñas jóvenes en plena producción representa un testimonio de la desafección de los últimos decenios: un 5% apenas han sido replantadas en los últimos 15 años. Finalmente, las plantaciones más productivas tienen entre 15 y 40 años y se remontan a la época de empuje vitícola de después de la guerra: pero ellas no representan sino el 40% de las superficies. El resto, o sea casi la mitad del viñedo, acusa una edad comprendida entre los 40 y los 80 años: datan de la reconstrucción tras la filoxera que se prolongó sobre todo el primer tercio del siglo. La vejez afecta pues a una buena parte de las viñas, agravando muy notablemente la debilidad de los rendimientos, que caen entonces a 1.500 ó incluso a 1.000 kilogramos de uva por ha.

Poco prolífico, el viñedo de la Contraviesia no ofrece, por otra parte, garantías suficientes en cuanto a la calidad de la producción. La historia agitada de la larga reconstrucción vitícola y la sucesión de arranques y replantaciones han conducido a una estupefaciente heterogeneidad del viñedo: a la escala de la parcela se mezclan muy generalmente 5 ó 6 variedades de cepas diferentes, de calidades y de edades desemejantes, que llegan a su madurez en épocas distintas. Pues bien, las prácticas vitícolas no tienen en absoluto en cuenta esta confusión. La vendimia se hace en una sola vez, indistintamente, todos los racimos mezclados. Se evita la dificultad de recoger la uva todavía verde de las especies más tardías, no comenzando la recolección sino en una fecha muy avanzada del otoño, a finales de octubre o principios de noviembre, pero se recogen entonces racimos a veces afectados por la podredumbre, sobre todo cuando las lluvias se inician precozmente. El retraso sistemático de la vendimia persigue, por otra parte, otro fin: permite no emprender la vinificación sino pasados los grandes calores, en una época donde una temperatura más moderada no corre el riesgo de perturbar la

fermentación. La fabricación del vino emprendida por los propios viticultores ha permanecido muy arcaica, en efecto, a partir de un utillaje rudimentario y disparatado que se resume en una prensa a mano y una cuva de castaño. La uva es presionada, con todas las variedades de cepas confundidas. La fermentación es frecuentemente rápida —un mes apróximadamente—, hasta tres meses como máximo para los mostos más generosos. Por falta de locales para su envejecimiento, por otra parte aleatorio, el vino se vende en el año, sin previo trasvase.

El resultado, bastante desigual según los lugares y los años, sufre siempre de la mezcla exagerada de cepas, de la desigual madurez de la uva, de las prácticas rudimentarias de la vinificación. La abundancia del sol le asegura felizmente una cierta generosidad que oculta parcialmente sus defectos: el vino, con una media de 14 a 15 grados de alcohol, un poco menos cuando procede de las viñas más altas, pero hasta 18 grados para los terrenos inferiores bien expuestos. Su aspecto y su gusto revelan por el contrario sus orígenes bastardos: de un color amarillento mal definido entre el blanco y el rosado, carece generalmente de limpidez, conserva siempre un aspecto atormentado. Su sabor sobre todo es bastante incierto y deja con mucha frecuencia un regusto imputable, sin duda, a la vendimia de uvas en vías de putrefacción. Todo esto hace de él un vino original, el «vino de la costa» con la especificidad bien establecida en las regiones granadinas pero que, más allá, corre el riesgo de no ser apenas apreciado.

La comercialización, no obstante, no presenta ningún problema pero, por el contrario, los precios sufren indiscutiblemente de la calidad incierta del producto. La colocación de la producción está asegurada por dos vías diferentes.

La venta directa del viticultor a los detallistas —el despacho de bebidas locales o de las regiones inmediatamente vecinas— representa la fórmula tradicional que hoy en día retrocede rápidamente. Los compradores vienen normalmente a aprovisionarse en el lugar y aseguran el transporte en odres de cuero de un contenido de 70 a 80 litros. En el curso de los últimos años (1971-1973), los precios obtenidos de esta manera se establecían entre 10 y 15 pesetas el litro.

La implantación y el desarrollo reciente de dos grandes bo-

degas en Albondón (Sociedad Lardón Hermanos y Sociedad Granados) han abierto una segunda posibilidad de colocación de la cosecha que tiende hoy a predominar cada vez más netamente. Estos grandes negociantes afectan a alrededor de un millar de productores. Ellos compran a veces el vino ya elaborado por los pequeños viticultores que ellos se contentan con redistribuir en el año a los detallistas o a los semimayoristas de la costa hasta Almería, y del interior hasta Granada y Jaén. Ellos adquieren sobre todo la vendimia, comprada en la propia viña si ésta es accesible a los camiones o en el lagar en caso contrario. La vinificación industrial permite superar parcialmente el inconveniente de la mezcla de las cepas gracias al presionado en grandes cantidades y a la mezcla ulterior con vinos de la Mancha: ella produce así un vino rosado corriente (de unos 12°) de calidad homogénea, más fácil para encontrarle salida. Únicamente la primera presión sirve para fabricar un vino amarillo superior, «Flor de Albondón», que ostenta 15° y sufre un envejecimiento medio de dos años en la bodega. Para los viticultores, la existencia de estas bodegas modernas ofrece la ventaja indiscutible de asegurar una venta fácil de la producción, gracias a un mejor acondicionamiento del vino (embotellaje) y a una red comercial sólida que extiende el mercado mucho más allá de la clientela local la única accesible a los productores aislados. Les propone también el medio de aligerar su tarea encargándose de la vinificación: mal utillados, los viticultores renuncian cada vez más a hacer su propio vino. Es éste un hecho nuevo, testimonio del desinterés por la actividad vitícola, que se reduce desde ahora únicamente a los trabajos indispensables, incluso al precio de una menor valorización de la producción: las bodegas de Albondón compran la vendimia de 5 a 7 pesetas el kilo (1971-74), es decir, a una cotización que corresponde a la calidad muy mezclada de la uva, pero que no autoriza sino una muy débil rentabilidad de la viña.

El balance económico del sistema vitícola actual es, en efecto, muy mediocre. No teniendo en cuenta más que los gastos efectivos, el beneficio real se establece finalmente entre 2.500 y 18.000 ptas./ha. según los años y la importancia del trabajo asalariado. Las rentas de la explotación familiar son, por tanto, extremadamente bajas. Mientras que con raras excepcio-

nes, las explotaciones permanecen inferiores a 5 ha. (en Sorvilán, los 9/10 de ellas tienen menos de 2 ha., ver Primera parte, Capítulo III), la viña hoy no lleva más que la miseria.

La crisis es irremediable por las mismas razones que llevan a la ruina a las laderas de Málaga.

La imposibilidad técnica de una mejora del sistema o de su reemplazamiento resulta, ante todo, de las limitaciones estrechas impuestas por el medio natural. Un crecimiento sensible de las rentas procedentes de la viticultura supondría un fuerte aumento de la producción que, en estas regiones pobres condenadas a fórmulas extensivas, implicaría primeramente un engrandecimiento considerable de la dimensión de las explotaciones, al mismo tiempo que un rejuvenecimiento sistemático de la viña. Haría falta por lo menos multiplicar por diez la superficie de las tenencias y replantar la mayor parte de forma homogénea. Con toda evidencia, la empresa es irrealizable a partir de los miserables medios de que dispone la sociedad microfundista: la tierra hoy no se vende por falta de compradores.

De hecho, incluso con disponibilidades financieras importantes, la solución se revelaría caduca: ella tropieza con el obstáculo insuperable de la mecanización que permitiría únicamente el mantenimiento racional de vastas superficies. Como en todas las laderas, las pendientes formidables de una topografía caótica resultan absolutamente prohibidas a las máquinas.

En definitiva, tal salida está reservada a algunos casos individuales sin significación a la escala de la Contraviesa: grandes propiedades de 50 a 100 ha, felizmente situadas en el elevado primer pulimento de las vertientes, que hoy replantan según un marco compatible con la utilización de tractores (1m/3). Se trata de raros ejemplos —3 ó 4— ilustrados principalmente por las familias negociantes de Albondón.

A escala de la pequeña tenencia campesina, forzada al trabajo manual, la rentabilidad de la viña no estaría asegurada —fuera de un aumento masivo de los rendimientos, que la pobreza pedológica hace totalmente ilusoria— sino por una muy alta valorización de la uva. Así, la definición de un área de producción de vinos de denominación de origen ha podido ser contemplada dentro de esta perspectiva. El proyecto se encuentra de hecho con dificultades insuperables: la de la heterogeneidad de las

cepas que necesitarían un reencepado sistemático a partir de variedades nobles y en las mejores exposiciones únicamente. Semejante ambición no está a la medida de los pequeños viticultores que, por otra parte, no manifiestan ningún interés por tal tentativa, juzgada como impracticable.

El abandono es también aquí la única vía contemplada en estos pueblos sin porvenir. Se manifiesta, como en otras partes, en las laderas, en la emigración acelerada, en la supervivencia incierta de explotaciones residuales sostenidas por recursos extremos.

Al igual que el viñedo de Málaga, el de la Contraviesa conoce pues una decadencia precipitada. La presencia de las grandes bodegas de Albondón y las facilidades comerciales que ellas permiten sostienen todavía una producción que declina poco a poco. Los negociantes deben desde ahora aprovisionarse en la Mancha o en el viñedo del Levante (Jumilla) por aproximadamente la mitad de sus *stocks* si quieren satisfacer a su clientela. El hecho es significativo. El viñedo de la Contraviesa muere y, con él, la región entera, paralizada por la intransigencia de una naturaleza ingrata.

C) EL VIÑEDO REGADO DE LAS LADERAS DEL ANDARAX

Puede parecer curioso el colocar a los emparrados del Andárax en el grupo de las pobres arboriculturas secas de los vertientes. Ellos no parecen encuadrarse allí a no ser por una misma vocación hacia el monocultivo de la viña. Más allá de este parecido superficial, el sistema del Andárax se revela en el fondo radicalmente diferente de las fórmulas extensivas de la viticultura de la Contraviesa o de la Axarquía: se opone a ellas por su naturaleza intensiva y la relativa riqueza de una agricultura regada que, a través de la viña, se consagra más a una producción frutícola de lujo (la uva tardía) que a una especulación vitícola corriente; pertenece, finalmente, desde un punto de vista genético, a una generación mucho más reciente, expandida desde hace apenas un siglo, mientras justamente se desvanecía la prosperidad de los viñedos tradicionales de las laderas secas. Hemos retrazado más arriba los principales episodios del progreso de los parrales en el marco general de la expansión

tardía de las especulaciones regadas de la comarca baja (véase Primera parte, capítulo IV).

Hoy, sin embargo, a pesar de su calidad y de sus orígenes diferentes, el viñedo del Andárax se une a los destinos de la viticultura decadente de las laderas de Málaga o de la Contraviesa. La crisis castiga a estas tierras de apariencia opulenta con la misma dureza que a los mediocres vertientes de arboricultura seca.

1. La crisis de una especulación envejecida

Los avatares comerciales de la uva de Ohanes no dejan de recordar las dificultades antiguas de la pasa de Málaga: como estas últimas, están ligados, desde hace más de medio siglo, a los avatares de los mercados de exportación.

a) *El precio de la dependencia exterior y el fin de la era parralera: la crisis de 1920 a 1950*

El período eufórico que sucedió a la filoxera llevó al viñedo de Almería a su apogeo: los emparrados conquistan el valle del Andárax por completo, ganan las cuencas de Berja y Dalías y avanza hasta los campos áridos del litoral. Las exportaciones, que absorben la totalidad de la producción, culminan entonces con expediciones anuales que alcanzan las 60.000 toneladas, es decir un volumen 10 veces superior al de las ventas medias del período anterior a la filoxera (10).

Este desarrollo formidable se termina precozmente, en los años 1910-1920, para dejar sitio a un marasmo casi permanente durante tres decenios. Producto de lujo, la uva de Ohanes ocupa en efecto una posición extremadamente frágil en los mercados internacionales, prontos a cerrarse primeramente a las importaciones superfluas. Además, la demasiado escasa diversificación de su clientela, reducida a tres países para la casi totalidad de las expediciones (Gran Bretaña; Estados Unidos; Alemania), se

(10) Véase.

Rueda Ferrer, F. *La uva de mesa de Almería*, Barcelona, Ed. Salvat, 1932.

Bosque Maures, J. *La uva de Almería: estudio geográfico. Geográfica*, 1960, VII.

añade aún a su debilidad. Tres sucesos principales jalonan una crisis comercial que desemboca finalmente en una superproducción dramática y en el hundimiento de la economía vitícola del Andárax:

— La primera Guerra Mundial, en la cual participan los tres clientes esenciales, abre el período de grandes dificultades. La reducción de las flotas de comercio, la inseguridad de los mares y la disminución voluntaria de las compras de los países beligerantes multiplican los años de malas ventas —los 2/3 de la cosecha quedan sin venderse en 1917— y ocasionan una baja media de un cuarto de las expediciones.

— El cierre repentino del mercado americano en 1924 inaugura de hecho una verdadera decadencia del viñedo. Los Estados Unidos, que absorbían hasta entonces cerca de un tercio de la producción, prohíben definitivamente la entrada de la uva de Ohanes después de haber descubierto la presencia de un parásito, la «mosca mediterránea», en un barril de proveniencia de Almería.

— La Gran Crisis de 1930 viene finalmente a agravar dramáticamente la inestabilidad de un mercado limitado entonces a dos socios, que reducen considerablemente sus compras. En 1932, los Acuerdos de Ottawa consagran el retroceso de la Gran Bretaña tras de las barreras aduaneras de su imperio colonial y la pérdida de un nuevo elemento esencial del mercado.

La Guerra Civil española, y después la Segunda Guerra Mundial, van a terminar de arruinar un sistema ya seriamente socavado. Las exportaciones caen a 10.000 toneladas apenas después de 1935, hasta desaparecer casi completamente en 1938 (4.700 toneladas). España, cortada del mundo por su posición política, Almería, aislada de España por las quejas que le valen las simpatías afirmadas durante la Guerra Civil, son tantas condiciones que limitan tanto las ventas en el exterior como en el interior. Sin salidas comerciales, mal entretenidas por falta de abonos, de productos anticriptogámicos, de alambre, el viñedo está arruinado, en proceso de desvanecerse completamente: no cubre en 1940 más que la mitad de las superficies ocupadas en 1910 (3.500 ha. frente a 6.500), no produce más que 1/6 de las cosechas de entonces. La provincia entera, de la que representaba la principal riqueza, se ve afectada por ello y sufre desde

1920 una crisis demográfica permanente. El Alto Andárax registra un violento retorno de la emigración hacia Barcelona, Orán e incluso América, que se cifra en una despoblación del orden del 40% entre 1910 y 1950.

Sin embargo, poco a poco, el viñedo va a volver a encontrar un nuevo impulso. En realidad, el reino de la uva está abolido, su prosperidad pasada.

b) *Nuevo viñedo y nuevos problemas*

A partir de 1950, el viñedo conoce una verdadera reconstrucción. La producción registra un desarrollo excepcional hasta superar las mejores cosechas de principios de siglo (100.000 toneladas en 1968 frente a 60.000 en 1910). Esta expansión formidable se debe tanto al progreso de las plantaciones, que alcanzan desde ahora la superficie récord de 8.000 Ha, como a la elevación rápida de los rendimientos, duplicados como media desde después de la guerra: es que, además de una mejor utilización de los fertilizantes, el viñedo es en gran parte un viñedo joven, casi enteramente replatado desde los últimos veinte años.

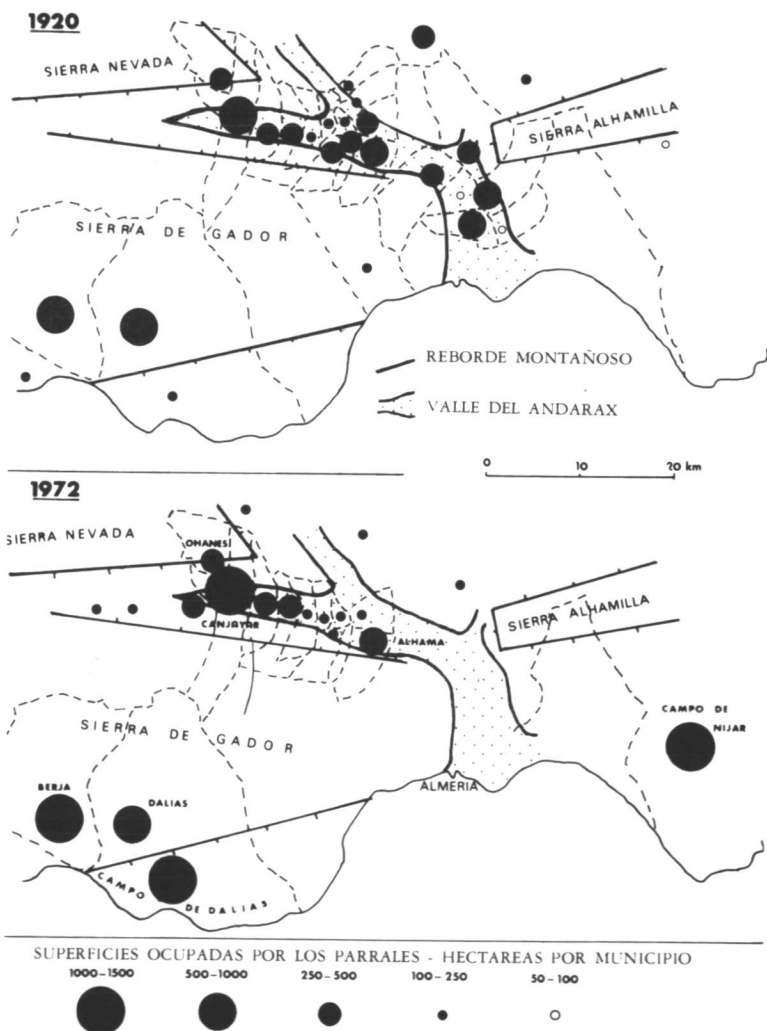
Sin embargo, esta renovación notable no debe hacernos ilusiones, como tampoco una aparente prosperidad que, en los vertientes del Andárax, se debe más a la ausencia de otras soluciones que a la riqueza realmente prodigada por la uva. De hecho, la especulación parralera ha cambiado de naturaleza y sufrido un giro que no deja de plantear graves problemas.

El cambio del asiento territorial del viñedo constituye un signo expresivo de esta transformación (fig. 13). Dos fenómenos pueden ser constatados:

— La contracción de los parrales en el interior del área de producción tradicional del Andárax. Los emparrados han desaparecido completamente del bajo valle, uno de los emplazamientos esenciales del antiguo viñedo, de donde han sido reemplazados por las plantaciones de agrios. Los parrales del Andárax se concentran desde ahora en las pendientes del valle alto y medio, cuna original de la especulación de la uva.

— El desplazamiento del centro de gravedad vitícola hacia zonas nuevas: el valle septentrional del Almanzora que, de hecho, pertenece ya al Levante murciano y, sobre todo, las bajas

FIG. 13. EVOLUCION TERRITORIAL DEL VIÑEDO DE ALMERIA



llanuras litorales de los Campos de Dalías y Níjar, donde el emparrado se ha beneficiado de los progresos recientes del riego sin representar, sin embargo, más de una especulación accesoria.

Estos cambios están preñados de significados. Subrayan primeramente, pese al enorme crecimiento estadístico de sus superficies, el desvanecimiento relativo del viñedo que ha cesado de ser el cultivo soberano de las regiones almerienses, marginado sobre sectores enteros sin reconquistar, sin embargo, su real importancia en las zonas de mayor expansión donde es sino un comparsa menor de la horticultura. La unidad de la agricultura regional ha desaparecido ante el retroceso relativo de la viña.

Es más, la nueva geografía del viñedo atestigua una mutación profunda de las condiciones de la economía de la uva. Los nuevos emparrados, hoy los más importantes, son *viñas de llanura* cultivadas en un marco técnico y social renovado capaz de adaptarse a los imperativos de la agricultura moderna (11). Las viñas del Andárax representan, por el contrario, el vestigio de una vieja fórmula tradicional de los vertientes de pequeño cultivo: ellas constituyen un reducto, una zona-refugio que resiste, por falta de soluciones de recambio, pero padece profundamente hoy de su inadaptación a las condiciones de la economía actual.

Las nuevas condiciones comerciales principalmente no favorecen apenas a la pequeña viticultura tradicional. La vuelta de las exportaciones desde 1950 ha sido viva, sin embargo, constituyendo, de hecho, el motor principal de la expansión reciente de las plantaciones. Como antaño, la economía de la uva de Almería es totalmente dependiente de los mercados exteriores que absorben todavía del 90 al 95% de la recolección. Como antaño, el escaso número de clientes hace pesar un riesgo considerable sobre el buen funcionamiento del sistema, ya que tres grupos de compradores solamente aseguran los 9/10 de las compras: la Gran Bretaña, Alemania y los Países Escandinavos. Las tentativas de diversificación de las ventas no han conseguido hasta ahora ningún resultado de importancia.

Sobre todo, el endurecimiento de las condiciones comerciales resulta de la aparición de una oferta concurrencial que aumenta enormemente la incertidumbre de las ventas y pesa sobre

(11) Abelanet, B. Les problèmes économiques du vignoble d'Almería; *Revue Géo. des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 1969, núm. 40, págs. 143-156.

la evolución de las cotizaciones. Almería *ha perdido definitivamente el monopolio* de la uva tardía de larga conservación y debe, desde ahora, afrontar una competencia difícil sobre el tablero internacional. El resurgimiento de nuevos productores representa un peligro por años cada vez más preocupante. En el interior mismo de España, el éxito de las plantaciones murcianas de parrales, sostenido por el negocio empresarial, constituye una novedad inquietante. Ya, Almería no produce más que la mitad de la cosecha nacional de uva de invierno (12). Y sufre de los excelentes resultados obtenidos por el comercio levantino en los mercados más dinámicos, como el de Escandinavia, aprovisionado en más de un tercio por las uvas murcianas (37% en 1964). Fuera de aquí, la situación no resulta apenas más alentadora. Italia, favorecida por su pertenencia a la C.E.E., tiende a conquistar el mercado alemán que alimenta ya en un 50% (frente a un 20% de España) y amenaza a la fidelidad del mercado británico que, por otra parte, recurre más frecuentemente a las entregas de África de Sur.

A la concurrencia de estos viñedos más modernos, mejor organizados, capaces de producir a mejor precio, se añade para Almería un segundo inconveniente, tan perjudicial como ellos. Los progresos decisivos de las técnicas del frío que permiten desde ahora la conservación de las frutas más frágiles anulan, de hecho, la ventaja esencial de la uva de Almería. El peligro es tanto más grave cuanto que las necesidades de la conservación natural de la uva de Ohanes obligan a producir un fruto de piel espesa, de pulpa poco azucarada, mientras el gusto de los consumidores les lleva a preferir uva más blandas que, conservadas artificialmente, pueden ser ofrecidas hoy hasta el mismo corazón del invierno.

En definitiva, la uva tardía de Almería ha cesado de ser un producto raro y un alimento de lujo. Una oferta cada vez más abundante que, poco a poco, tiende a saturar los mercados y la concurrencia severa de los nuevos productores conduce lógicamente a la depreciación relativa de la uva de Ohanes, a un descenso de las cotizaciones cuyas consecuencias son enormes.

(12) Camilleri, A. *Estado actual de los productos horto-frutícolas en España*, Madrid, 1967.

El envilecimiento de los precios es, sobre todo, sensible desde hace una decena de años, concomitante con la aparición reciente de los concurrentes. De hecho, en moneda constante, *la uva de Ohanes ha perdido alrededor de la mitad de su valor entre 1960 y 1972* (índice 100 a 111 para la uva, 100 a 225 para la peseta).

En resumen, en los marcos inmutables de la viticultura tradicional de vertientes del Andárax, la uva de Ohanes no es, desde ahora, sino una especulación envejecida en una economía en crisis.

2. La inadaptación del viñedo del Andárax

Las estructuras tradicionales de la economía parralera de las laderas no podían satisfacerse sino con una alta valorización de la uva, producida y comercializada a nivel de minúsculas empresas. Estas se revelan hoy incapaces de hacer fente a una situación desfavorable, que se endurece profresivamente.

a) *Las deficiencias del negocio*, primeramente, pesan considerablemente y exageran las tendencias negativas del mercado. Ellas han sido ya evocadas más arriba, a título de ejemplo (segunda parte, capítulo I): pulverización de las casas de comercio locales, incapaces de conservar sus posiciones de otra manera que proponiendo precios de venta anormalmente bajos, donde lo que se deja de ganar repercute directamente sobre productos sin defensa; penetración conquistadora de los grandes negociantes murcianos en búsqueda de aprovisionamientos complementarios para paliar la insuficiencia periódica de la producción levantina, cuya actitud desenvuelta se añade a la incertidumbre de los viticultores.

La fijación de las cotizaciones a nivel de producción depende únicamente de los mayoristas exportadores. Desprovistos de informaciones serias sobre los mercados exteriores, sin otra salida que el negocio privado (las cooperativas aseguran apenas el 10% de las ventas), incapaces por falta de competencia y de tonelaje suficiente para asegurar una salida directa a su cosecha, los productores están totalmente a merced de los comerciantes. Estos utilizan en gran medida esta libertad para imponer condiciones muy duras.

Las diversas modalidades de venta resultan, no obstante, desigualmente desfavorables a los viticultores. Dos sistemas son utilizados paralelamente:

— La compra de la cosecha en pie es la más beneficiosa para el campesino, en la medida en que ella le garantiza la salida de toda su cosecha y le evita los gastos de recogida que quedan a cargo del negociante. La fórmula no es de hecho aplicada más que a los productos de alta calidad —las uvas más bellas y más tardías— de las que el exportador se asegura así el aprovisionamiento regular. Ella no es utilizada, finalmente, más que para las viñas de acceso fácil, servidas por una carretera o un camino por el que pueden pasar los carros.

— La compra de la producción en almacén (o en camión) del exportador prevalece más generalmente. Los viticultores soportan entonces la totalidad de los gastos de vendimia y de transporte —a lomo de mulas en el caso más frecuente de las parcelas enclavadas y lejanas—: el precio de coste de la producción puede con ello encontrarse mayorado en un tercio.

En el contexto de un mercado internacional difícil, donde los productos almerienses y los exportadores locales no disfrutan ya de una posición de fuerza, estas prácticas no hacen sino traducir la resistencia desesperada de un negocio inadaptado y reducido a la defensiva. Ellas acaban desembocando en un verdadero «bloqueo» comercial que amplifica la depreciación de la producción y somete al pequeño campesinado a una evolución ruinosa, en el momento mismo en que éste tendría necesidad de un rápido progreso de los precios para superar los inconvenientes de sus propias insuficiencias.

b) *La inadaptación de las estructuras de producción* es patente.

Resulta a la vez del desmenuzamiento de las explotaciones, pulverizadas en unidades minúsculas, y de la carga humana considerable que ellas soportan debida a las prácticas culturales en vigor. La tenencia familiar sufre pues de una insuficiencia bruta de su producción al mismo tiempo que de los costes cada vez más elevados que ella ocasiona.

La pulverización fundiaria es impresionante. La propiedad del suelo, sobre la que se calcan rigurosamente las explotaciones, se fracciona hasta límites extremadamente bajos y notable-

mente homogéneos (ver primera parte, capítulo III). En el valle del Andárax, así como en las cuencas de Berja y Dalías, los $\frac{3}{4}$ de los bienes son inferiores a 1 ha. La estructura de la explotación resulta bastante comparable, más uniformemente fragmentada aún. En Ohanes, cuna del viñedo del Andárax, hallamos la siguiente distribución:

— 72% de las explotaciones tienen de 30 a 60 áreas. Ellas controlan el 57% de los emparrados.

— 25%, que ocupan el 35% de la superficie, laboran alrededor de 1 ha.

— 3% solamente alcanza 1,5 ha. y no cubren más que el 8% del territorio vitícola.

Así, como en toda la región de los emparrados, las explotaciones superiores a 2 Ha con hoy prácticamente desconocidas, mientras las tenencias más exigüas (menos de 30 a 50 áreas) tienden a rarificarse. Se desemboca así en una situación extremadamente homogénea que concentra a la casi totalidad de la viticultura entre límites estrechos que van de 0,5 a 1,5 ha.

La notable homogeneidad del tamaño de las explotaciones proviene del papel de la aparcería que permite completar las propiedades más pequeñas con el alquiler de algunas parcelas procedentes del fraccionamiento de las propiedades más importantes. La estructura actual puede pues definirse por medio de la yuxtaposición de tres grupos de tenencias: una minoría de tenencias en aparcería (10% más o menos) que, para permitir satisfacer a la vez el pago de la renta y el mantenimiento de la familia, son normalmente las más grandes (entre 1 y 1,5 ha.); una mayoría de explotaciones de dimensión «corriente» (0,5 a 1 ha.), compuestas a partes equivalentes por explotaciones directas y por explotaciones en propiedad asociada.

Así, lejos de asistirse a una concentración de la tierra, que parecería imponer la insuficiencia de las producciones obtenidas en tan pequeñas unidades de cultivo, se constata, por el contrario, un fraccionamiento sistemático de las más grandes propiedades y una parálisis completa del mercado fundiario. Esta curiosa tendencia que parece contradecir las necesidades de la economía campesina, resulta, de hecho, de las exigencias de una técnica cultural puramente manual, que limita la dimensión de

las tenencias a tamaños muy reducidos, compatibles con las fuerzas de trabajo disponibles a escala familiar.

El cultivo tradicional, de los emparrados supone efectivamente un enorme gasto de trabajo: 170 días al año, por ha, como media.

Las tareas comunes de la viticultura se ven sensiblemente recargadas dada la naturaleza particular del parral. Los trabajos del suelo son mucho más numerosos que en una viña normal, como consecuencia de los efectos del riego por submersión que favorece el apelmazamiento del suelo y la proliferación de malas hierbas: por eso deben multiplicarse las labores —cinco por año, de las cuales una en profundidad— y las operaciones de limpieza. Asimismo, los riesgos de enfermedades criptogámicas, muy netamente incrementados por la humedad ocasionada por el riego, imponen tratamientos repetidos contra el *mildew* y el *oidium*. La poda, operación esencial del invierno, se ve también notablemente complicada por el porte poco habitual de las cepas que trepan hasta dos metros de altura y por los cuidados extremos que exige una buena distribución de los frutos. Ella obedece a cánones rigurosos que requieren el recurso a podadores-especialistas: asistido por 2 ó 3 ayudas, el maestro-podador emplea unos 5 días por Ha, lo que representa en total cerca de tres semanas de trabajo-hombre.

A continuación, la ligazón de los sarmientos y luego la de los racimos, que deben estar sólidamente fijados a su soporte y convenientemente expuestos al sol, ocupan aún numerosas jornadas (15 a 20 al año).

La vendimia, finalmente exige precauciones poco habituales: utiliza dos personas por pie y, en total, una veintena de jornadas de trabajo por ha.

Algunas tareas específicas vienen a agravar aún más la pesadez de los trabajos comunes. El riego (5 al año) y el mantenimiento de la armazón del parral

consumen mucho tiempo. Pero son sobre todo las particularidades fisiológicas de las cepas Ohanes, incapaces de fructificar naturalmente, las que imponen un enorme consumo de trabajo. Es preciso en primavera proceder a la fecundación artificial, el «engarpe». La flor, encapuchada por la corola de pétalos, no puede recibir el polén. Es entonces labor de numerosos equipos de mujeres que, armadas con ramas de viña macho cultivadas a este efecto, vienen dulcemente a golpear las ramas a fecundar, sarmiento tras sarmiento. Se necesita una cuarentena de días de trabajo para tratar así 1 ha. de emparrados.

El sistema del Andárax moviliza pues una mano de obra considerable. Las formas enteramente manuales —únicamente para las labores se utiliza una yunta de mulas—, las exigencias del calendario que imponen la realización rápida de ciertas operaciones (engarpe, vendimia y las pérdidas de tiempo ocasionadas por la dispersión y el alejamiento de las parcelas, limitan estrechamente la superficie que puede normalmente cultivar una familia: 1 Ha de emparrado constituye la dimensión máxima comúnmente admitida para una explotación familiar que dispone de dos hombres. La economía de la uva de Almería supone, de esta suerte, una carga humana desmesurada, próxima a las dos UTH/Ha, valor que es efectivamente alcanzando por el conjunto de los municipios del medio Andárax.

El problema del trabajo en las épocas punta agrava todavía más las exigencias restrictivas del sistema. Algunos trabajos, la poda y sobre todo el engarpe y la recolección, no pueden ser realizados únicamente con el trabajo familiar y necesitan el recurso periódico a jornaleros. Pues bien, el volumen de asalariados, indispensable a la buena conducción de la viña, se eleva muy rápidamente pasado el umbral de la tenencia familiar, de 1 a 1,5 ha. La preocupación por reducir las cargas de mano de obra, cuyo coste se revela cada vez más prohibitivo, empuja pues al agricultor a replegarse sobre una explotación cuya dimensión es la más adecuada a las disponibilidades de la energía doméstica. Así se explica la resistencia a un engrandecimiento

sensible de las tenencias. Las limitaciones técnicas del cultivo tradicional, reforzadas por el endurecimiento de las condiciones de empleo de los asalariados, conducen a encerrar la viticultura del Andárax en estructuras microfundistas con limitaciones cada vez más infranqueables.

c) *La insuficiencia notoria de los resultados económicos* de la viticultura familiar actual procede directamente de estas limitaciones. Fuera de toda consideración social, el emparrado podría teóricamente aparecer como una especulación todavía fructífera. La renta bruta por ha, con un rendimiento medio de 15 toneladas de uva, se sitúa entre 100.000 y 150.000 pesetas. Por el contrario, el coste de la producción es elevado, alcanzando 50.000 a 70.000 pesetas por ha., como consecuencia de la multiplicidad de las labores y del recurso inevitable a la mano de obra asalariada para algunas de ellas. Resultan de ello, sin embargo, beneficios honorables por unidad de superficie (50.000 a 80.000 ptas./ha. en 1973-74) a condición de no contabilizar en absoluto el trabajo familiar.

De hecho, reemplazados en el marco inextensible de explotaciones minúsculas, estos recursos se revelan irrisorios. El laminado progresivo de los beneficios, consecutivo al envilecimiento de los precios de venta y el alza espectacular del trabajo asalariado cuyo coste se ha duplicado en menos de cinco años, arruina hoy en día el equilibrio frágil de un sistema demasiado menudo.

Las posibilidades de mejora del sistema actual son, de hecho, extremadamente reducidas y poco susceptibles, en todo caso, de conducir a progresos decisivos, que supondrían una verdadera renovación de la economía familiar.

La mecanización, si permitiera aligerar las tareas más pesadas, sería un medio excelente para remover el obstáculo mayor al engrandecimiento de las explotaciones y, con ello, a un aumento importante de la producción familiar. Pues bien, inaplicable en las operaciones más exigentes (engarpe, vendimia, poda, etc.) ella no ofrece ninguna esperanza de transformar notablemente los horizontes de trabajo del emparrado. Su intervención se limitaría únicamente a las labores del suelo, relativamente secundarias aquí. Incluso limitada a tales modestas ambiciones, la introducción de la máquina resulta por otra parte difícil, incluso imposible en la mayoría de los casos. Con fre-

cuencia, la estrechez de los bancales, impuesta por el rigor de las pendientes, es tal que el motocultor —única máquina que puede penetrar bajo los emparrados— es aquí mal utilizado. Sobre todo, la ausencia de caminos para carros prohíbe el acceso a los campos y los transportes perpetuos de un material un tanto embarazoso entre las parcelas sistemáticamente dispersas de una misma explotación. La utilización del motocultor permanece siendo, por lo tanto, excepcional (1 de cada 9 explotaciones como media), y se ve limitado a situaciones particularmente favorables. Su generalización supondría enormes trabajos previos de concentración parcelaria y de construcción de vías rurales para un beneficio mediocre. En definitiva, el interés por un remodelaje de las estructuras agrarias sería menos el de facilitar una mecanización sin alcance decisivo, cuanto el de reducir las pérdidas de tiempo en trayectos y aligerar los gastos de transporte de la uva.

La intensificación permanece pues como único camino para las tenencias condenadas a un marco estrecho y a técnicas costosas. Pues bien, la fórmula tradicional no admite apenas perfeccionamientos. El aumento de los rendimientos no puede ser muy considerable desde ahora, cualesquiera que sean los progresos realizados en el empleo de los fertilizantes. Se topa uno en todas partes con una limitación física infranqueable: la pobreza de los suelos, mediocres en el origen, peligrosamente lavados de todo elemento frágil a lo largo de un siglo de riego con pocas precauciones. El agotamiento del terreno es en todas partes sensible, hasta provocar una disminución gradual del rendimiento a pesar de la aportación incrementada de abonos. En definitiva, la viticultura tradicional del Andárax no puede ser mejorada.

La solución última de un cambio de sistema de cultivo es también ilusoria. La implantación de fórmulas más intensivas, basadas, por ejemplo, en la producción de hortalizas fuera de estación, se enfrenta con limitaciones naturales insuperables: la escasez de las disponibilidades hidráulicas, aceptable para la viña únicamente y la insuficiencia del abrigo término desaniman toda iniciativa en este sentido.

El viñedo del Andárax acumula pues los defectos que afligen hoy al conjunto del pequeño cultivo de vertientes, encerrado en

el círculo hermético de sus inconvenientes técnicos, sociales o naturales íntimamente ligados.

3. Las manifestaciones de la crisis.

La emigración, fenómeno familiar en estos campos superpoblados, conoce desde hace una decena de años un paroxismo que mide el desarreglo de la sociedad vitícola. El ritmo de las partidas se ha doblado desde entonces, alcanzando valores idénticos a los que se deploraban en el curso de los episodios más catastróficos de fines del siglo XIX (filoxera) o del decenio de 1910 a 1920 (sequías repetidas, epidemias, malas ventas): el saldo migratorio se sitúa - 2 y - 3% al año.

La agricultura, como siempre en casos parecidos, se reduce progresivamente a una función marginal. Las explotaciones familiares, incapaces de sobrevivir a base de sus propios recursos, se ven forzadas a complementarse con rentas exteriores, muchas veces irregulares, por otra parte. Las posibilidades de empleo en el viñedo son en efecto extremadamente reducidas y no pueden sostener una verdadera agricultura a tiempo parcial. Como antaño, la población activa permanece limitada a las únicas profesiones agrícolas y las actividades de relevo están ausentes. En definitiva, las rentas de complemento provienen esencialmente de la participación femenina en los trabajos de «faena» que consisten en asegurar la clasificación y el embalaje de la uva antes de su exportación. Aunque numerosos —alrededor de un millar en el valle del Andárax, otros tantos en Dalías-Berja— estos empleos están, de hecho, limitados únicamente a los centros de negocio (Dalías-Alhama-Canjáyar) y sobre todo no ocupan apenas más de dos meses al año, en el otoño. Su papel en un cierto número de pequeñas explotaciones no es despreciable, pero permanece insuficiente.

Las migraciones estacionales de recolección constituyen, en otros lugares, una segunda fuente de ingresos. Salvo en los municipios más próximos al litoral, que envían su mano de obra hacia el campo de Dalías, las migraciones se dirigen esencialmente hacia las regiones frutícolas u hortícolas del sur de Francia, hacia la Moyenne Garonne, el Roussillon o el Comtat.

Aunque afectando regularmente a una proporción notable de los agricultores —una cuarentena en Ohanes, por ejemplo, que cuenta con 190 explotaciones— estas migraciones están sin embargo, lejos de estar generalizadas. Los trabajos de «faena» y los movimientos estacionales no ayudan, finalmente, más que a una fracción de las familias.

Los recursos complementarios más frecuentes provienen en definitiva de las pensiones de jubilación pagadas por la Mutualidad agrícola a las personas de edad. Estas no sostienen solamente a las explotaciones: retiros, que representan, por otra parte, cerca de la mitad de las tenencias (45% en Ohanes), sino que benefician igualmente a muchas explotaciones familiares de pleno ejercicio que se encargan en contrapartida del mantenimiento de los padres de edad. Se llega así a una conclusión sorprendente: el viñedo del Andárax *sobrevive* en gran medida gracias a los flacos recursos de sus retirados. Semejante fenómeno mide bien la gravedad de la situación, el estado desesperado de un sistema marginal reducido a salidas tan precarias.

La crisis, por todas partes alarmante, no reviste sin embargo dimensiones tan catastróficas en todos los lugares.

La desigual calidad del viñedo provoca de entrada diferencias muy sensibles al nivel de las rentas de explotaciones familiares de dimensiones comparables.

Por una parte, la variabilidad de los rendimientos es lo suficientemente grande como para crear notables distorsiones entre los municipios más o menos favorecidos por el medio natural. Las condiciones mejores se encuentran en los vértientes del valle medio entre Alhama y Canjáyar: la producción media por Ha. alcanza o supera normalmente las 20 toneladas (50 kilos por pie aproximadamente, en un marco de plantación de 5/5). En otros lugares, los resultados son netamente más escasos. En los suelos más mediocres, demasiado húmedos, de los fondos del valle, en Terque, Bentarique o seriamente lavados de las cuencas as de Berja-Dalías, los rendimientos no exceden sino raramente las 10 toneladas/Ha. Lo mismo ocurre, en razón a la baja de las temperaturas, hacia las alturas, en los territorios de montaña ya de los municipios más elevados como Beires ú Ohanes.

La fecha de la vendimia determina, por otra parte, desigualdades a veces considerables en la retribución de la cosecha. Ello

es resultado de la imposibilidad de dilatar las ventas después de la vendimia, por falta de buenos medios de almacenamiento y de conservación: de ello se sigue un aprovisionamiento muy irregular del mercado e importantes variaciones en las cotizaciones. Los precios, muy elevados a principios o a fines de campaña se precipitan en proporciones muy sensibles en los momentos en que la mayor parte del viñedo entra en producción, en octubre y a principios de noviembre. El privilegio de obtener una recolección tardía o precoz depende fundamentalmente de la situación geográfica, en la medida en que la cepa Ohanes, en todas partes exclusiva, no introduce diferencia alguna en las fechas de maduración de la uva. Las zonas inferiores del viñedo —vegas de Dalías-Berja; medio Andárax alrededor de Alhama— se benefician, de este modo, de ventajas notorias, gracias a temperaturas más sostenidas y a la ausencia de heladas a finales del otoño: ellas pueden presumir de obtener una cosecha sensiblemente avanzada o retardada según los años con relación a la producción de las regiones de altitud superior. Por el contrario, el viñedo de montaña, el del alto valle del Andárax alrededor de Canjáyar, está sujeto a condiciones rigurosas: los calores menos fuertes del estío no permiten obtener cosechas precoces mientras que la helada, siempre posible en noviembre, obliga a vendimiar sin retraso.

Así se dibuja una oposición relativamente marcada entre regiones altas y zonas de media o baja altitud que influye de manera no despreciable sobre las rentas de la viticultura familiar.

La presencia de empleos no agrícolas cada vez más indispensables al mantenimiento de las pequeñas explotaciones interviene, finalmente, de manera decisiva para sumarse a las ventajas de las comarcas bajas. El alto Andárax, desprovisto de actividades no agrícolas de cierta importancia, se encuentra desfavorecido aún en relación con el valle medio donde aparecen nuevas funciones artesanales o industriales e incluso más aún en relación con las vegas de Dalías y Berja que se benefician de los efectos que provocan la extraordinaria fortuna del litoral.

Conviene pues distinguir cuidadosamente el caso del viñedo «montañés», el más duramente castigado por las dificultades actuales, del de las regiones más bajas menos desarmado frente a una crisis un tanto atenuada.

CONCLUSION

Tras una veintena de años de evolución precipitada, el estado de las tierras interiores no puede prestarse a conclusiones equívocas. Se deducirá de ello, sobre todo, una doble constatación: la tendencia común al empobrecimiento del conjunto de los sistemas agrícolas de montaña, y de las laderas, y la desorganización rápida de la vida local que sigue a ello y deja a las comarcas exangües, desprovistas de toda energía propia, «a la deriva».

La crisis generalizada de las economías campesinas responde en todos estos territorios a causas idénticas: la baja productividad de una agricultura a base de mano de obra, con márgenes de progreso dramáticamente limitados. La insuficiencia de la producción exigirá, de entrada, un crecimiento considerable de la intensidad de las fórmulas agrícolas heredadas de la tradición. Pues bien, las estructuras microfundistas como, las más de las veces, la extrema mediocridad del medio natural engendran en todas partes situaciones de bloqueos-sociales, técnicos, económicos aparentemente insolubles: los modos de producción tradicionales se muestran inquietos, refractarios a las transformaciones radicales que impondría la gravedad de la crisis.

Las dificultades, lejos de resolverse, parecen agravarse. Ellas provocan, de momento, reacciones en todas partes idénticas que trastornan profundamente la faz de los campos:

— *El éxodo rural* y la despoblación quededesorganizan la vida local.

— Una cierta nivelación de la sociedad ruralconsecutiva a *un repliegue general en el marco de la tenencia familiar* que, por una preocupación de autonomía en materia de manode obra, conduce a la eliminación de los jornaleros, los más pobres arrendatarios, y a fraccionar sistemáticamente las explotaciones más grandes. El campesinado y la explotación familiar parecerían, finalmente, encontrarse por ello consolidadas: no se trata, de hecho, sino de un último movimiento de defensa, desesperado y provisional.

— La tenencia familiar permanece siendo siempre insuficiente, en efecto, y se transforma irremediamente en *explotación de complemento* que únicamente los recursos exteriores, las migra-

ciones estacionales o temporales, permiten mantener en actividad. Pues bien, tales costumbres migratorias erosionan rápidamente la cohesión familiar y arruinan, a largo plazo, los últimos medios de resistencia de una agricultura que se ha cerrado precisamente sobre la familia: la renuncia progresiva de los jóvenes parece condenar definitivamente el sistema.

En el lugar, la ausencia o la mediocridad de las actividades no agrícolas —fuera de algunos casos excepcionales (Alhama de Almería, Lanjarón...)— no permite esperar apenas la promoción de una verdadera agricultura a tiempo parcial, última solución contemplable para retener a la población campesina.

En definitiva, la mejor oportunidad para estas comarcas en el futuro proviene de la capacidad de las regiones activas del litoral para ofrecerles, a proximidad, el empleo que falta en el lugar y les obliga a vaciarse hacia lejanos destinos. En resumen, la cohesión regional de toda la Andalucía mediterránea queda así en juego.